
ESPACIO
R. CORTIELLA
FRENO
PARA
UN PLANETA
CLARK CARRADOS

CLARK CARRADOS

Freno para un planeta

Ediciones TORAY

Aneldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Portada: R. CORTIELLA

Depósito Legal: B. 46.013 – 1970

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 – BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO

Los hombres avanzaban despacio, fusil al brazo, por el centro de la calle, vigilando atentamente las casas entre las que se movían.

Había un silencio absoluto, total. La calle aparecía desierta y sólo se veían papeles viejos, cascotes y algunos vehículos abandonados o convertidos en chatarra.

En algunos puntos de la ciudad, se elevaban columnas de humo de los incendios. En más de una vivienda, las mujeres lloraban en silencio, mientras los hombres se mordían los puños de impotencia.

Los soldados eran hombres de buena presencia física y vestían uniforme de color azulado claro, con unas extrañas inscripciones en la parte superior de los brazos, junto a los hombros. Llevaban un gran casco semiesférico con visera blindada transparente y abatible en caso de necesidad.

Eran hombres de piel ligeramente azulada, cejas de perfecta semicircunferencia, ojos redondos y negros y orejas muy pegadas a la piel del cráneo. El arma que empuñaban iba unida por un cable de dos centímetros de grosor a una pesada mochila que cargaban a la espalda.

Avanzaban despacio, sin prisas, pero sin detenerse un solo momento. Por encima de los altos edificios de la ciudad, se movían unas negras naves que cooperaban en el avance de aquellos soldados.

La ciudad no se hallaba desierta del todo. Al menos, en una de las casas, había un hombre.

Era un joven, de unos diecinueve años, de tez más bien pálida y ojos que llameaban de furia. En sus manos empuñaba un antiguo pero todavía eficiente fusil de caza, con mecanismo de repetición

semi-automático.

La mira del fusil captó la imagen de uno de los soldados de piel azul.

Estalló el disparo y el soldado se desplomó, con la frente atravesada por el proyectil.

Los otros soldados se detuvieron, pero no se dispersaron. El muchacho hizo fuego de nuevo y un segundo soldado se derrumbó instantáneamente.

Una docena de fusiles apuntaron hacia la casa, pero no pudieron evitar el tercer disparo, que causó una nueva baja entre los atacantes. Alguien dio la orden de fuego y los fusiles empezaron a detonar sordamente.

Las armas al disparar, hacían un ruido muchísimo menor que las explosiones de sus proyectiles, comparables a las de los antiguos obuses de 105. En menos de un minuto, noventa o cien proyectiles convirtieron la casa en un infierno de fuego, humo y polvo, en medio de un estrépito ensordecedor.

Cuarteado el edificio por el cañoneo, se vino abajo de repente con estruendo aterrador. El suelo trepidó como sacudido por un terremoto.

La calle quedó cortada por los escombros. El oficial que mandaba la avanzadilla usó ahora la radio.

Un extraño aparato bajó raudamente de las alturas y quedó suspendido a medio metro del suelo. De su parte delantera brotó una gigantesca pala mecánica, con la que en pocos minutos abrió paso a la infantería.

Los soldados continuaron su avance sin ser ya molestados. Alcanzaron el final de la calle, doblaron una esquina y entonces divisaron el palacio, en forma de cúpula, del Presidente.

Más soldados de piel azul convergían de todas partes. Poco a poco, fueron acercándose al palacio presidencial, en cuya escalinata de honor se veían muchas personas aguardando a los recién llegados.

Un par de naves descendieron del cielo y se posaron en el suelo a poca distancia del palacio. Los soldados de piel azul, a una orden de su comandante, habían formado en dos filas perpendiculares al palacio, como una guardia de honor.

Varios hombres, vestidos con raros uniformes, pero de gran

riqueza, descendieron de las naves. La mayor parte de ellos iniciaron la ascensión de la escalinata, encabezados por uno cuyo rango, a juzgar por las insignias de su indumentaria, parecía ser superior al de los demás.

Cuando estaba a punto de llegar, otro hombre se destacó y avanzó hacia el recién llegado. El hombre de piel azul tendió un collar al primero, quien se lo puso en el acto.

Luego, el de la piel azul dijo:

—Soy el general Koldor, comandante en jefe de las Fuerzas Avanzadas Operativas Galácticas de Daggaii.

Y el otro contestó, tratando de mostrar un rostro impasible para ocultar el dolor que le abrumaba:

—Ricardo Henriques, presidente del gobierno de la Tierra. General Koldor, mi planeta se ha rendido y la lucha ha cesado ya.

Una sonrisa de triunfo apareció en el azulado rostro de Koldor. Sin poder contenerse, levantó la mano izquierda y extendió tres dedos en señal de victoria:

—¡La Tierra se ha rendido! —gritó.

Y sus soldados repitieron, por tres veces:

—¡La Tierra se ha rendido! ¡La Tierra se ha rendido! ¡La Tierra se ha rendido!

* * *

—Es imposible, imposible —dijo Julian Jarmac—. ¿Cómo ha podido firmar el Presidente un acta de rendición semejante?

El altavoz continuaba desgranando monótonamente los términos del tratado de paz:

—El gobierno de la Tierra continuará rigiendo los destinos del planeta, supervisada su acción por el comandante en jefe de las Fuerzas Operativas Galácticas, en su calidad de virrey de Daggaii, quien tendrá poder de veto sobre las decisiones del gabinete presidencial que estime pertinentes.

«Las fuerzas terrestres serán desarmadas y licenciadas, conservándose únicamente los efectivos de Policía necesarios para mantener el orden en las ciudades, cuyas autoridades serán directamente responsables, ante el delegado del virrey, que éste nombre, de cualquier alteración o disturbio perjudicial a las F.O.G.

«Como contribución a los gastos de ocupación por las F.O.G. se establece el cuarenta por ciento del producto general bruto del trabajo de los terrestres, en todas sus actividades. Una comisión de expertos de ambas nacionalidades, presidida por un delegado del virrey, dictaminará sobre el porcentaje de esa contribución que ha de ser abonado en artículos manufacturados en el planeta…

—Delegado, delegado —exclamó rabiosamente Philip Lester—. Hasta para que un ciudadano use el teléfono habrá de tener al lado un delegado del virrey.

—Es la Gestapo de la era interplanetaria —calificó Milton Swinner.

—Lo que pasa es que en la Tierra no hay más que señoritas en lugar de hombres —declaró Jarmac con rabia en su voz—. Por muy potentes que fueran las armas de los invasores…

—Los cohetes de cabeza nuclear ni siquiera rayaron la pintura de sus astronaves —manifestó Pierre Broussac—. En cuanto a armas convencionales, cañones y demás, hacían menos efecto que los tirachinas de un chiquillo en la piel de un elefante.

—No se podía luchar contra sus fusiles paranucleares —dijo pesarosamente Iván Kussupov—. Un fusil que dispara proyectiles, cuya explosión, produce los efectos de una pieza de ciento cinco o ciento veinte y que puede hacer fuego al ritmo de sesenta disparos por minuto, es un arma irresistible. Debemos ser realistas y reconocer que la Tierra no tenía ninguna posibilidad de salir adelante en la lucha contra tales invasores.

—Debemos ser realistas, en efecto —aseveró Swinner—. Si nuestras armas no servían para nada, si sus efectos eran anulados fácilmente por sus defensas, si cada vez que sonaba un solo disparo en una ciudad, destruían la mitad con sus proyectiles, ¿qué podía hacer el Presidente? ¿Dejar que la Tierra se convirtiese en un inmenso montón de escombros?

—Pero es que ahora, según el tratado de paz, el gobierno será sólo una colección de títeres manejados por ese maldito virrey —exclamó Jarmac con furia.

—¿Tienen otra salida? —replicó Kussupov—. La invasión ha costado un par de miles de bajas a los atacantes y unos trescientos ochenta millones a los atacados. Trescientos ochenta millones de terrestres han muerto, lo que significa que cada invasor ha dado

muerte a ciento noventa mil personas.

—Así no hay quien resista, en efecto —dijo el doctor von Kauff, director de la Estación Satélite de Observación Espacial Avanzada número 1—. El presidente ha hecho bien en aceptar las condiciones de la rendición.

—Cuando no se puede luchar con un mínimo de probabilidades de triunfar, lo mejor es rendirse —dijo Broussac.

—Y, en lo sucesivo, trabajar para los invasores, porque no me negarán ustedes que el cuarenta por ciento de todo lo que se produzca en la Tierra es un expolio injustificable —declaró el ardoroso Jarmac.

—Muchos querrían pagarlo con tal de seguir vivos —murmuró pesaroso Swinner.

—En resumen, que estamos condenados a una vida de esclavos.

—¿Hay otra solución, Julián? —preguntó von Kauff.

Los ojos de Jarmac, un joven de veintisiete o veintiocho años, ardiente e impetuoso, brillaron con extraño fulgor:

—Antiguamente, los hombres morían antes que continuar viviendo en la esclavitud.

—Estos son otros tiempos, desengáñate —dijo Kussupov, mientras se disponía a llenar la cazoleta de su pipa.

Colérico, Jarmac se puso en pie y se acercó a uno de los grandes ventanales de la estación orbital.

Ya no se concluiría aquel proyecto en el que tantos hombres de ciencia habían puesto sus esperanzas. El satélite, montado sobre un gran asteroide que orbitaba en los confines del Sistema Solar, sería desmantelado muy pronto. Era un proyecto muy caro y la terrible contribución impuesta por los invasores no permitiría continuar adelante con él.

Jarmac crispó los puños de rabia. ¿No habría ningún medio para arrojar del suelo terrestre a sus invasores?

Súbitamente, divisó algo que le hizo lanzar una exclamación de alarma:

—¡Atención a todos! ¡Ya los tenemos ahí!

CAPÍTULO II

Cubierto de polvo, con un lado de la cara manchado de rojo, Julián Jarmac contempló a los hombres de piel azul que le apuntaban con sus fusiles paranucleares.

La estación orbital era un montón de ruinas. Jarmac no comprendía siquiera cómo había podido librarse de aquel brutal ataque, iniciado sin previo aviso, sin siquiera intimar a la rendición.

Los hombres azules habían desembarcado y abierto fuego sin más preámbulos contra las instalaciones del satélite, convirtiéndolas en escombros a los pocos minutos. Jarmac era el único superviviente, salvado milagrosamente de la muerte.

Por pocos minutos, pensó, dolorido y aturdido, mientras miraba a los atacantes, que le apuntaban con sus armas. Ahora lo ejecutarían y...

Un hombre se abrió paso entre los soldados. Miró un momento a Jarmac y luego avanzó hacia él, llevando un objeto en las manos.

Por señas, le indicó que se lo pusiera. Jarmac estudió el objeto.

Era un collar, que más parecía el de un perro, de dos centímetros de ancho por medio de grueso, de cuyo centro pendía una cajita del tamaño de un paquete de cigarrillos. El collar tenía una hebilla de presión, y Jarmac cumplimentó la orden.

Entonces, el oficial le hizo una pregunta que él entendió perfectamente:

—¿Cómo te llamas?

—Julián Jarmac, ingeniero de comunicaciones espaciales —respondió el joven, asombrado al ver que entendía el lenguaje del otro.

—Eso que llevas en el cuello es una traductora automática —

dijo el hombre de piel azul—. Con ella podrás entenderte con cualquiera, sin necesidad de intérprete. ¿Has comprendido?

—Sí —contestó Jarmac.

—Has salvado la vida, pero no vuelvas a arriesgarla. Cualquier intento de fuga será castigado automáticamente con la muerte.

Jarmac emitió una sonrisa desdeñosa.

—Al parecer, entre vosotros, todo es automático. ¿Qué pensáis hacer conmigo? —inquirió.

—Necesitamos fuerza para los motores de nuestra nave —respondió el oficial—. ¡Vamos!

Dos soldados empujaron a Jarmac hacia la salida. Antes de abandonar la estación espacial, Jarmac se volvió para lanzar una última mirada a los escombros.

Sus compañeros yacían bajo las ruinas. Algún día los vengaría, se prometió.

El doctor Wazlovitch y su equipo de ayudantes habían sido afortunados, se dijo. Una hora antes del ataque, habían zarpado para la Tierra, después de haber pasado una temporada en el asteroide, en período de experimentos.

Los demás...

Era preferible no pensar en ello. Con cara impasible, pero sangrándole el corazón, entró en la astronave daggaiiana.

Sus captores le acompañaron hasta una puerta, que uno de ellos abrió en el acto.

—Entre ahí y no se mueva hasta que se lo ordenemos.

Jarmac obedeció. Dio unos pasos y la puerta se cerró con sordo estruendo detrás de él.

—Hola, esclavo —dijo sonriendo la persona que ya se hallaba en la cámara—. Hola, motor humano.

* * *

Jarmac contempló con curiosidad a la mujer que le había dado tan irónica bienvenida.

Era una joven de regular estatura, pelo claro, ojos grises y tez tostada, vestida de un modo sucinto y práctico al mismo tiempo. Estaba sentada en un diván no demasiado cómodo y le indicó un sitio a su lado.

—Me llamo Tsalia —se presentó—. ¿Y tú?

—Julián Jarmac.

—Yo soy de Kdmir. ¿De qué planeta eres tú?

—Tierra lo llamamos nosotros. ¿Dónde está Kdmir?

—Ahora, ¿quién lo sabe? —contestó Tsalia sonriendo—. No estaba lo suficientemente lejos de Daggaii—añadió con intención.

—Sí, me lo imagino. ¿También te han hecho prisionera?

—Ya lo ves —la joven sonrió—. Motor humano.

—¿Motor humano? —repitió Jarmac con extrañeza—. Ya lo has dicho antes. ¿Qué significa?

—Sencillamente, cuando necesiten calor para su horno de transformación nuclear, te llamarán a ti, como lo han hecho conmigo, cada vez que la temperatura bajaba.

Jarmac se pasó una mano por la frente.

—Me siento aturdido —dijo—. Nunca he oído nada semejante…

Tsalia se puso en pie.

—Estás herido —sonrió—. Voy a ver si puedo curarte. Y no temas, habrá tiempo de sobra para que te explique muchas cosas que ahora no comprendes.

Tsalia se acercó a una de las paredes de la cámara y abrió lo que parecía un armario. Jarmac divisó una especie de grifo, un par de recipientes y un bote de regulares dimensiones.

—Agua y comida —dijo Tsalia por encima del hombro—. ¿Tienes algún trapo que te sobre? Mi vestido no es muy abundante en tela que digamos —añadió con una risita socarrona.

Jarmac sacó un pañuelo. Tsalia lo tomó y lo mojó en agua, limpiándole luego con él el lado de la cara que tenía las manchas de sangre.

—No es más que un arañazo sin importancia —dictaminó—. ¿Quieres beber un trago de agua?

—Si fuera de vino —suspiró él.

—Estos brutos no lo conocen, así que olvídalo. ¿Dónde te capturaron, Julián?

—Estaba en un satélite de comunicaciones, ensayando un nuevo sistema. Los daggaiianos atacaron sin previo aviso. Yo fui el único superviviente.

—Es la táctica que utilizan siempre —declaró

Tsalia, mientras le entregaba un recipiente lleno de agua—. Les

da buenos resultados.

—Pero ¿quiénes son esos daggaiianos? —preguntó él—. ¿Es que quieren convertirse en los dueños del universo?

Tsalia se encogió de hombros.

—Eso parece —contestó, sentándose de nuevo—. Es una raza belicosa en extremo. Viven exclusivamente para la guerra y para la conquista. Apenas encuentran un planeta que estiman puede resultarles productivo, lo invaden y lo sojuzgan, explotando sus riquezas hasta esquilmarlo. Cuando han agotado a su víctima, se marchan en busca de otro planeta... y así desde tiempo inmemorial.

—¡Vaya una gente! —comentó Jarmac—. ¿Y no hay quien pueda oponérseles?

—Algunos lo han intentado, en efecto.

—¿Y...?

—El planeta fue convertido en polvillo cósmico. Sus habitantes fueron afortunados, pues antes hablan muerto todos.

—¡Caray! —se espantó Jarmac.

—Como puedes ver, las perspectivas de la Tierra son más bien oscuras, lo mismo que las de Kdmir. Pero nosotros tenemos un poco más de suerte, porque la ocupación dura ya ciento veinte años.

—Casi nada —comentó él.

—Dentro de otros tantos años, las gentes de Kdmir tendrán que vivir como bestias, alimentándose de lo que encuentren en el campo. Entonces se irán los daggaiianos. Vosotros apenas si habéis empezado a padecer.

—Se le ponen a uno los pelos de punta al oírte —dijo Jarmac—. ¿Es muy grande Daggaii?

—Por lo que deduzco, como tu Tierra, más o menos. Allí sólo se vive y se respira guerra, y los daggaiianos son educados para la guerra desde que tienen uso de razón.

—¡Qué gente! —se escandalizó el terrestre—. Así no me extraña que nos hayan tomado como esclavos.

Tsalia suspiró.

—Para toda la vida —contestó.

—¿No hay posibilidades de escape?

—Ni lo sueñes. Ahora, cuando llegues a Daggaii irás a parar una central generadora de fuerza, come yo. Vivirás monótonamente, siempre la misma rutina, bien alimentado, por supuesto; una bestia

motriz necesita comer o muere en poco tiempo, pero jamás abandonarás tu condición de esclavo, y así seguirás durante el resto de tus días.

—La perspectiva es poco halagüeña —masculló Jarmac—. De modo que me van a convertir en una bestia motriz. ¿Qué haré, dar vueltas a una noria?

—No sé qué es un noria —dijo Tsalia.

Jarmac se lo explicó. Ella sonrió.

—Algo parecido. Los hornos de transformación necesitan energía y ellos la obtienen del esfuerzo humano, en lugar de motores de combustión o saltos de agua para mover sus turbinas generadoras de electricidad.

—Creo que voy entendiendo —replicó él.

—Lo celebro, Julián, así te resultará menos duro el choque con la realidad.

—¿Te parece poco duro el que he sufrido ya? ¿Cómo te capturaron? —preguntó el joven.

—Viajaba en una nave comercial kdmiriana, que Fue asaltada por estos piratas. También soy la única superviviente.

—Y te llevan a Daggaii para que des vueltas a la noria.

—Así como suena. Cuando lleguemos, nos impondrán el sello de esclavos y... a darle a la manivela o a los pedales, según adonde te envíen.

Jarmac frunció el ceño,

—¿Qué tiempo tardaremos en llegar a Daggaii? —consultó.

—Unos diez días, aproximadamente. ¿Quieres comer, Julián?

—Bueno, un bocado no me vendrá mal.

Tsalia se puso en pie y abrió la lata, que contenía una sustancia parecida a la carne en conserva terrestre. Jarmac la halló nutritiva, aunque poco sabrosa.

Al terminar, dijo:

—Tsalia, estoy pensando en apoderarme de la nave.

—¿Estás loco? Ellos son nueve y están armados. Tú no llevas encima ni siquiera un garrote...

Jarmac se tocó la frente.

—Lo que tengo aquí vale mucho más que todas las armas —declaró.

—Sí, pero ¿qué harías si consiguieras apoderarte de la nave?

¿Adónde escaparías? ¿A mi planeta, ocupado por ellos? ¿Al tuyo, en idénticas condiciones?

—Veamos —contestó Jarmac—. Los daggaiianos, pese a sus armas prodigiosas, no son más que hombres, ¿verdad?

—Si lo miras así…

—Así lo considero, Tsalia. Veo a unos sujetos que no son más que seres humanos y, por tanto, no invencibles. Deben de tener, aunque tú no lo creas, un punto débil… y si lo encontramos, la derrota será inevitable.

Tsalia sonrió tristemente.

—Dos… contra algo así como dos mil millones de feroces guerreros, habituados a la lucha desde que empiezan a andar. Estás loco, Julián, pero si encontrases alguna buena idea, te ayudaría sin vacilar.

—La encontraré, créeme, aunque tarde años —aseguró él—. Y ahora, por favor, dame más detalles de Daggaii y de sus nada gratos habitantes.

CAPÍTULO III

La puerta se abrió. Un soldado ordenó con gesto ceñudo:

—¡A trabajar!

Jarmac se puso en pie.

—¡Protesto!

El daggaiiano le contempló como si viera visiones.

—¿Qué dices, escoria humana?

—Cuando llegue a Daggaii presentaré una queja por este insulto —replicó Jarmac sin inmutarse—. Ahora, llama a tu jefe y dile que quiero hablar con él.

El soldado estaba perplejo. Tras unos segundos de vacilación, giró sobre sus talones y salió, dando un portazo.

Tsalia le guiñó un ojo.

—Lo estás haciendo muy bien, Julián —elogió. Momentos después, se abría de nuevo la puerta de la cámara.

—Soy Urfdor, comandante de la nave —dijo un hombre azul —. Mi subordinado me ha dicho que quieres hablarme. Pero también me ha informado que os ordenó trabajar y os habéis negado.

—Tu estúpido subordinado no me ha entendido bien —respondió Jarmac—. Él nos ordenó trabajar y yo protesté. No he dicho nada acerca de negarme a trabajar.

Urfdor se sintió perplejo.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres?

—En primer lugar, ¿he sido declarado esclavo?

—No, el rito se efectuará en Daggaii, a la llegada.

—Tú puedes capturarme prisionero, pero careces de autoridad para declararme esclavo.

—Según la ley, así es —reconoció Urfdor—. Algunos de los

prisioneros se evaden de esa declaración.

—Sí, los que juran ser daggaiianos para el resto de sus días —dijo Tsalia amargamente.

—No estábamos discutiendo eso...

—Discutíamos la orden de trabajar —insistió Jarmac—. Puesto que no hemos sido aún declarados esclavos de una manera oficial, si Tsalia y yo trabajamos lo haremos por nuestra propia y libérrima voluntad, pero tendrás que extendernos un documento que lo atestigüe.

—Jamás he oído una cosa semejante —declaró Urfdor, atónito.

—Alguna vez tendría que ser la primera, ¿no?

—Podría obligaros por la fuerza a trabajar —refunfuñó el daggaiiano.

—Tendrías que matarnos y, ¿cómo justificarías la muerte de dos prisioneros que no son esclavos? ¿Qué dirías en el informe que has de presentar al regreso de tu patrulla?

Urfdor estaba confundido.

—Está bien, está bien, os daré ese documento. Pero no os servirá de nada, porque en cuanto lleguemos se procederá a la declaración de vuestra esclavitud.

—Muy bien, pero eso sucederá cuando hayamos llegado a Daggaii. Y ahora, redacta ese documento y que sirva para los dos. Tienes que decir que trabajamos libremente, por nuestra propia voluntad y sin presión externa de ninguna clase. ¿Comprendido?

Urfdor hizo un gesto de desprecio.

—Será como un papel en blanco —calificó.

Minutos más tarde, Jarmac tenía el documento en su poder. Estaba redactado en la singular grafía de Daggaii e hizo que Tsalia se lo tradujera.

—Conforme —dijo al terminar—. Ahora, vamos a darle a los pedales.

Dobló el documento y lo guardó cuidadosamente. Urfdor les condujo hasta una sala donde había unos artefactos parecidos a bicicletas, pero sin ruedas.

—Ya podéis empezar —indicó—. El amperímetro está frente a vosotros. Cuando llegue a la señal de carga total, rebajad el ritmo de pedaleo a doce vueltas por minuto. Eso es todo.

Jarmac y Tsalia quedaron solos. Subieron a los sillines y

empezaron a pedalear sin más.

—¿Cómo funciona este artefacto? —preguntó él.

—Es muy sencillo —respondió la muchacha—. Por medio de una multiplicación de engranajes, se hace girar una dinamo, que es la que genera electricidad para hacer funcionar los hornos de transformación. Parte de la energía generada se acumula en baterías, que sirven para momentos de urgencia, cuando no funciona la dinamo.

—Pero esto es algo disparatado —declaró Jarmac, sin dejar de dar a los pedales—. La energía generada debe ser de muy poca intensidad.

—Oh, es cierto, pero ten en cuenta que esta nave puede funcionar con dos «bestias» motrices, aunque el número ideal es seis. Además, lo importante es que funcionen los hornos transformadores y eso requiere muy poca cantidad de energía.

«Naturalmente —siguió la joven—, astronaves mayores requieren mayores hornos, lo que se consigue, lógicamente, con un mayor número de esclavos pedaleando.

—No acabo de entenderlo —refunfuñó Jarmac—. Esos generadores de electricidad, ¿no podrían funcionar con motores auxiliares? En la Tierra, cuando, no se dispone de un salto de agua, hay centrales térmicas, movidas por combustible líquido y hasta por carbón...

—¿Y qué más da el elemento que mueva la central que produce la electricidad? ¿Qué importa si la turbina es movida por un salto de agua, un motor de combustión interna, una caldera de vapor... o una serie de pies humanos dándole a los pedales? ¿No se obtiene el mismo resultado?

—Oh, claro que sí, pero es absurdo que tú y yo estemos aquí pedaleando, como si fuésemos a dar un paseo por el campo en bicicleta, cuando este mismo resultado podría obtenerse con un motorcito de...

—¿De qué? ¿De gasolina? Consumiría oxígeno y despediría monóxido de carbono, que viciaría la atmósfera. Tú y yo sustituimos a ese motor, sólo que, en vez de consumir gasolina, consumidos alimentos y la cantidad de gases nocivos que expelemos en la respiración es mucho menor que la de un motor de esa índole. Además, un esclavo, ¡resulta tan barato!

—Esto no acaba de convencerme, Tsalia.

—Porque no eres de Daggaii, claro. Si lo fueras, encontrarías que el motor a base de seres humanos es el más barato y económico de todos.

—Según lo pintas tú, no lo dudo, pero, dime, ¿quién pedalea aquí cuando no hay esclavos?

Tsalia se echó a reír.

—Establecen turnos, naturalmente, pero como no es una cosa que les guste demasiado, en cuanto tienen ocasión se procuran la pareja de «bestias motrices», que, como mínimo, se necesitan para una nave de este tamaño. En el presente caso, tú y yo, Julián.

* * *

—Bien —dijo Jarmac al cabo de un rato de incesante pedaleo—, pero todavía no sé qué es lo que se transforma en esos hornos que propulsan la astronave.

—La materia, Julián —contestó Tsalia.

—¿Cómo dices?

—Así como lo oyes. La materia es transformada, al arder totalmente, en energía másica, energía de la masa, lo que significa energía total, no como en las fisiones nucleares, en que la energía del átomo es desaprovechada en gran parte. Aquí, toda la energía contenida en una determinada cantidad de masa es aprovechada íntegramente. Por dicha razón, con una pequeña cantidad de masa combustible, se obtiene una elevadísima potencia de propulsión.

—Bueno, bueno, Tsalia, no me dirás que arde la masa, que los gases son eyectados y que la nave avanza rauda por los espacios siderales, sólo conque quemen en los hornos un puñado de papeles, ¿verdad? Eso no se lo cree ni el más analfabeto, lo que, tratándose de papeles, parecería lógico.

—No seas sarcástico, Julián —le apostrofó la muchacha—. Es transformación de la materia en luz y el chorro de fotones, o componentes de la luz, son los que propulsan a la nave, con la velocidad requerida según la mayor o menor intensidad de la transformación en el horno, lo que se consigue, naturalmente, regulando esa intensidad desde la cabina de mando.

—Es decir la materia se transforma en luz.

—Lo cual requiere energía eléctrica, cosa que proporcionamos tú y yo, con la colaboración de dos pedales —sonrió Tsalia.

—Es increíble —dijo Jarmac—. Los daggaiianos son más listos de lo que yo llegué a pensar.

—No son tontos y el que crea que lo son, los subestima perjudicialmente para sí mismo. El motor luz-masa o masa-luz, como quieras llamarlo, es absolutamente limpio y no produce la menor contaminación en la atmósfera, cuando las naves vuelan a ras de tierra, naturalmente.

—Pero... a pesar de todo...

—Repito que la energía requerida es mínima; de lo contrario, tendrían otros generadores de muchísima mayor potencia. Esto, desde luego, no ha sido cosa de pocos años, sino de siglos de pacientes investigaciones.

—No creo que los daggaiianos se hayan dedicado a la ciencia, sabiendo como son.

—Claro que no. Lo hicieron otros por ellos, pero fueron los de Daggaii quienes mayor provecho han obtenido de este género de propulsión.

—Unos tipos listos —comentó Jarmac—. El amperímetro señala carga total —dijo de pronto.

—Rebaja el ritmo a doce pedaladas por minuto —indicó Tsalia —. Para ello, deberás fijarte en el cuentavueltas que tienes delante.

Jarmac bajó la mirada. El sillín del artefacto era lo suficientemente cómodo para apoyar las manos, en cuyo centro estaba el cuentavueltas. Procuró adoptar el ritmo señalado, y se dijo que los daggaiianos eran todo menos tontos al adoptar un sistema de propulsión tan barato y sencillo.

—Sencillo de apariencia, porque lo difícil debe estar en los hornos de transformación —dijo.

—Exactamente, ahí está la verdadera ciencia de las máquinas propulsoras —confirmó Tsalia.

Jarmac se quedó pensativo unos momentos.

—¿Qué porvenir me espera en Daggaii? ¿Más pedaleo? —preguntó a poco.

Tsalia suspiró.

—Por desgracia, sí —contestó.

—Temo que los planes de los daggaiianos y los míos difieren de

una manera diametralmente opuesta —dijo Jarmac.

Ella le miró con interés.

—¿Piensas escaparte, Julián? —preguntó.

—Eso mismo es lo que pienso hacer, Tsalia —respondió el terrestre.

CAPÍTULO IV

Los días se deslizaban rutinariamente en la astronave.

Las sesiones de trabajo eran tres, divididas en períodos de otras tantas horas. Las dos primeras estaban alternadas con períodos de cuatro horas de descanso y a la última seguían siete horas seguidas. No era, por tanto, un trabajo agotador, aunque, pensó Jarmac, a la larga y debido a la monotonía y falta de estímulo, debía de resultar embrutecedor.

Faltaban ya sólo dos días para la llegada a Daggaii.

Después del primer período de trabajo y mientras consumían la comida, Tsalia dijo:

—Si piensas escapar, aprovéchate ahora, porque, de lo contrario, ya no podrás hacerlo, Julián.

Jarmac contestó con un movimiento de cabeza.

—Necesito que me hables de las costumbres de Daggaii —pidió—. No se puede luchar contra un enemigo sin estar bien informado.

—¿Qué quieres saber? —preguntó ella.

—Todo —contestó Jarmac.

La conversación duró casi tres horas. Prácticamente, fue un monólogo de Tsalia, apenas interrumpido con algunas preguntas aclaratorias de Jarmac.

Una de ellas fue:

—Los daggaiianos, además, de guerreros, son ladrones. ¿Qué hacen con el fruto de sus tropelías?

—Oh, lo venden, claro. A veces se hacen cambios y trueques, pero esto suele suceder siempre entre los propios guerreros. Lo más corriente, sin embargo, es la venta del botín.

—Esta nave no parece llevar mucho botín —dijo Jarmac.

—Lleva unos cuantos fardos de mercancías y dos «bestias motrices», que en el mercado de la capital se venderán a mil piezas cada una.

Jarmac abrió los ojos.

—¿Nos van a vender como esclavos? —exclamó.

—Naturalmente, tonto.

—¿Y quién nos comprará?

—Puede que el gobierno, o el propietario de alguna planta generadora de electricidad. Siempre hay pedales sin pies en una de esas fábricas de energía.

—¡Vaya! —resopló él—. De modo que valgo mil... ¿cómo has dicho que se llama la moneda dagaiiana?

El nombre originario quedaba, traducido al idioma de Jarmac, en la palabra pieza. Jarmac quiso saber de qué metal era la moneda de Daggaii.

—Cobre. Es el metal más escaso y se le endurece con un doce por ciento de plata. Cada pieza tiene un peso de siete gramos y medio, pero, naturalmente, hay monedas de mayor valor y también fraccionaria.

—¿Qué vale, por ejemplo, un kilo de...? —Jarmac iba a decir carne, pero prefirió pronunciar otra palabra—: Un kilo de alimento.

—Un tercio de pieza, o sea una moneda de dos gramos y medio. El sueldo de un guerrero raso es de seiscientas piezas mensuales; lo digo para que te hagas una idea del valor de la moneda en Daggaii.

Jarmac se quedó sumamente pensativo.

—No sacarán mucho beneficio nuestros captores. Son nueve y tocarán a unas doscientas veinte piezas cada uno.

—Si añades a ello las mercaderías robadas, si piensas que era una misión de patrulla, encontrarás que vuelven a casa con el sueldo duplicado, sin apenas esfuerzo.

—¡Qué gente! —se escandalizó Jarmac—. Pero a mí por supuesto, no me venden por esclavo.

—¿Cómo piensas impedirlo? —preguntó ella.

Jarmac le guiñó un ojo.

—No tardarás mucho en verlo —contestó.

* * *

La puerta se abrió. Uno de los guerreros hizo un gesto con la mano.

—¡Es la hora de trabajar!

Jarmac se puso en pie y echó a andar hacia la puerta. Dejó que pasara Tsalia delante de él y, en el momento de cruzar por delante del daggaiiano, le hundió en el estómago su codo derecho.

El guerrero se curvó, con un gemido de agonía en los labios. Jarmac lo remató con un seco puñetazo en la nuca.

Acto seguido, lo arrastró al interior de la cámara y le despojó de la pistola que llevaba al cinto.

—¿Qué clase de proyectiles dispara este artefacto? —preguntó.

—Balas paranucleares. Equivalen a la explosión de una granada de artillería de calibre ligero.

—¿Cuarenta milímetros?

—Sí. Los proyectiles que emplean los fusiles son mucho más potentes.

—No está mal. ¿Conoces tú su manejo?

Tsalia le dio unas breves instrucciones, que él asimiló rápidamente. Luego indicó:

—A estas horas, deben estar reunidos en el comedor. Guíame, Tsalia.

La muchacha obedeció. Momentos después, se detenían ante una puerta, que Jarmac abrió poco a poco con la mano izquierda.

Urfdor y sus hombres comían tranquilamente. Faltaba uno, observó Jarmac; debía ser el hombre de guardia en la cámara de mando.

Al ruido de la puerta, Urfdor volvió la cabeza. Su cara azul se volvió casi negra al ver a los dos prisioneros en una actitud inequívoca.

—Lamento estropearos el banquete —declaró Jarmac—, pero resulta que esta chica y yo somos ahora los dueños de la nave.

Hubo un momento de consternado silencio entre los daggaiianos. Luego, uno de ellos se puso en pie de un salto y se abalanzó hacia un armario situado al fondo.

Jarmac hizo un disparo. El proyectil estalló en la pared con atronador estrépito y el guerrero fue derribado al suelo por la potencia de la explosión.

—La próxima vez —dijo Jarmac—, tiraré al cuerpo. ¡Levantad

todos las manos!

Siete pares de brazos se alzaron rápidamente. Jarmac movió la cabeza.

—Tsalia, procúrate un arma.

—Sí, Julián.

Instantes después, Tsalia tenía en las manos una pistola análoga a la de Jarmac.

—Vigílalos bien —indicó él—. Todavía queda un pajarraco suelto.

Retrocedió poco a poco y luego se acercó a la cabina de mando. El observador continuaba en su puesto.

—Oye —dijo Jarmac.

El daggaiiano se volvió.

—Mira esto —sonrió Jarmac—. ¿Quieres que te pulverice de un disparo? Anda, deja tu puesto y ven conmigo.

—Lo siento. No puedo abandonar la guardia con ningún pretexto —contestó el daggaiiano.

Jarmac reflexionó un momento.

Era indudable que el observador había oído el estruendo del disparo y la explosión subsiguiente, pero, fiel cumplidor de su deber, se había mantenido estoicamente en su puesto, confiando en que sus compañeros resolverían la situación.

—Lo siento —dijo, una fracción de segundo antes de atontarle de un fuerte golpe con el cañón del arma.

* * *

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Tsalia, cuando los prisioneros estuvieron a buen recaudo.

—Tú sabes pilotar una de estas naves, creo.

—Desde luego.

Tsalia se acercó al cuadro de mandos y echó un vistazo a los instrumentos.

—El amperímetro está muy bajo. Se necesita energía — informó.

—¿Qué pasa si no se produce energía?

—Las baterías de reserva se conectan automáticamente, pero, como puedes comprender, también acaban por agotarse.

Jarmac reflexionó unos instantes.

Luego dijo:

—Ya tengo la solución. Ven conmigo, Tsalia.

Ella le siguió dócilmente. Jarmac llegó a la puerta del encierro de los daggaiianos y la abrió, quedándose en el umbral con la pistola en la mano.

—Necesito dos «ciclistas» —dijo en tono burlón.

A Urfdor se lo llevaban los diablos de rabia.

—Nadie pedaleará —contestó de mal humor.

Jarmac se echó a reír.

—Dentro de un cuarto de hora, los voluntarios se atropellarán en la puerta, solicitando se les conceda el altísimo honor de darle a los pedales —contestó—. Para ello bastará que cortemos el aflujo de aire respirable a esta cámara. Dicen que la muerte por asfixia no es agradable, aunque, a decir verdad, yo no la he probado...

—¡Basta! —rugió Urfdor—. Irán dos de mis hombres. Pero no creas que nos has derrotado ni mucho menos.

—¿De veras? Urfdor, se ve que no conoces las leyes de tu propio mundo; de lo contrario, no te mostrarías tan fanfarrón. ¿Quiénes son los primeros voluntarios?

Dos prisioneros se destacaron sin rechistar. Jarmac cerró la puerta y luego los condujo a la sala de generadores.

—Trabajaréis las tres horas de reglamento —indicó—. Bien, os dejaré solos, pero tened en cuenta que también tenemos indicadores en la cabina de mando. Si veo que aflojáis, vuestros compañeros pagarán las consecuencias, porque, lo creáis o no, les dejaremos sin aire.

¡BLAM!

La puerta golpeó con fuerza. Tsalia, admirada, contempló a Jarmac.

—Nunca había visto actuar a un hombre con tanta rapidez y, sobre todo, de una manera fulminante —manifestó.

—Es que todavía no conoces bien a los terrestres —replicó él, a la vez que la agarraba cariñosamente por el brazo—. Vamos a la cabina —añadió—; tengo que pensar un plan, aunque sospecho que va a ser un plan a largo plazo.

—¿Para qué, Julián? —preguntó la muchacha. Jarmac se detuvo y la miró de frente.

—Tsalia, tu planeta y el mío están sujetos a la más abyecta de

las servidumbres —contestó—. No será fácil, ni breve tampoco, por supuesto, pero en este mismo instante ha dado principio el plan D.T.

—¿Qué significan estas iniciales?

—Derrota total. De los daggaiianos, naturalmente

—respondió él con voz firme.

CAPÍTULO V

—Eso que estoy viendo, ¿es un asteroide, Tsalia?

—Así es, Julián.

Jarmac contempló pensativamente el enorme pedrusco que orbitaba en el espacio a unos treinta mil kilómetros de distancia del planeta que ya tenían a la vista. Era un asteroide que mediría unos cuarenta o cincuenta kilómetros y parecía deshabitado.

—Lo está —confirmó Tsalia—. Nadie vive en él.

—¿Ni siquiera tienen un observatorio o una estación astronómica o algo por el estilo?

—¿Para qué? Disponen de muchas astronaves y montar ahí una estación de lo que fuese requeriría dinero y tiempo, cosas ambas que no gustan de derrochar estérilmente los daggaiianos.

—¡Conservadores! —bufó Jarmac.

Y, de repente, vio una enorme sombra negra sobre su cabeza, que Te hizo prorrumpir en una exclamación de asombro.

—¡Diablos! Tsalia, ¿qué tenemos ahora sobre nosotros?

La muchacha palideció espantosamente.

—Julián, es una astronave enemiga. Y... ¡mira, nos está haciendo señales para comunicar!

Jarmac puso una mano en el brazo de la muchacha.

—No te preocupes —dijo—. Anda y da el contacto, pero deja que sea yo quien hable, ¿entendido?

Tsalia asintió, sin ocultar su preocupación. Presionó un par de teclas del cuadro de mandos y luego dijo:

—Adelante, Julián.

Alguien se anticipó a Jarmac.

—¡Atención, comandante de la patrullera! ¡Sírvase trasladarse a

la nave del almirante Gnerly para informar! Vamos a recogerles ahora mismo. ¿Me han entendido?

—Por favor —rogó Jarmac cortésmente—, dígame con quién tengo el honor de hablar. Yo soy Julián Jarmac, comandante de esta nave, que no tiene nada de patrullera. ¿Me ha entendido? —remedó.

Se oyó una exclamación de sorpresa.

—Pero ¿qué es lo que está diciendo, imbécil? Le habla el capitán Burgna, comandante de la nave insignia de la Flota de Defensa Orbital del Planeta. ¿Se da cuenta de que su conducta puede acarrearle serios perjuicios?

—Capitán Burgna, el imbécil lo es usted —contestó Jarmac, ante el terror de Tsalia—. Y cuando hable con un colega, tenga la bondad de moderar su lenguaje o me veré obligado a demandarle por desconsideración verbal al comandante de una astronave. ¿Es que no conoce las leyes?

—Yo... Yo...

El daggaiiano parecía aturdido. Jarmac continuó:

—Dentro de unos instantes, mi segundo de a bordo y yo tendremos el honor de cumplimentar al almirante Gnerly. Eso es todo, capitán Burgna.

Jarmac hizo un gesto y la muchacha cortó la comunicación.

—Julián —dijo ella desmayadamente—, ¿qué te propones hacer?

—No temas —sonrió él—. Tú sígueme y no te preocupes. Por cierto, ¿cómo vamos a pasar a la otra nave?

—Estamos pasando ya, Julián.

—¡Diablos! —masculló Jarmac.

Encima de ellos se habían abierto unas gigantescas compuertas, que habían dejado una enorme abertura, a través de la cual estaba pasando la patrullera. Jarmac se quedó unos instantes atónito al pensar en el incalculable tamaño que debía tener la otra astronave.

Momentos después, se cerraban las compuertas y se hallaban en el interior del vasto hangar, brillantemente iluminado. Alguien les hizo señas desde el exterior para que se apearan.

Jarmac vio a varios hombres con ropajes corrientes, sin casco espacial, y comprendió que no era necesario, por haber en el hangar una presión atmosférica normal. Sin mostrar la menor

preocupación, agarró a Tsalia por un brazo y la empujó hacia la salida.

* * *

El propio capitán Burgna, quien todavía no había salido de su asombro, fue quien condujo a la pareja a la cámara del almirante. Momentos después,

Jarmac y Tsalia se encontraban en presencia de Gnerly.

El almirante los contempló en silencio durante unos segundos. Era un hombre enorme, de vientre prominente y ojos maliciosos. En las hombreras de su vasta chaqueta roja se veían las insignias de su grado.

—De modo que tú eres el capitán Jarmac, comandante de la patrullera —dijo Gnerly al cabo de unos momentos.

—Tengo ese honor, almirante —respondió el terrestre—. Pero mi nave no es una patrullera, sino una nave comercial.

—Los informes que tengo yo dicen lo contrario, capitán. En los costados de esa nave, están pintadas las insignias...

—¡Oh, es que no he tenido tiempo de pintar las mías!—replicó Jarmac en tono intrascendente—. Lo haré cuando aterrice.

—Pero ¡por los Setenta Soles de...! ¡Esa nave es daggaiiana!

—Es mía. Ahora me pertenece.

Gnerly se inclinó hacia delante.

—¿Dónde la has comprado?

—En ninguna parte. Me he apoderado de ella.

—Tenía que estar tripulada por nueve hombres. ¿Dónde los has metido?

—Los tengo encerrados, almirante.

Gnerly parecía al borde de la congestión.

—¿Quieres explicarte de una vez, maldita sea? Pero, sobre todo, ¿de dónde diablos eres tú?

—De la Tierra, almirante.

—Ah, ese planeta que acaba de rendirse hace poco.

—Sí, almirante.

—¿Y ella?

—De Kdmir, almirante —contestó Tsalia.

—Estoy seguro de que ambos erais prisioneros de mis hombres

—dijo Gnerly—. ¿Cómo es, pues, que la nave ha pasado a vuestro poder?

—¿Cómo pasaron la Tierra y Kdmir a poder de Daggaii? —replicó Jarmac.

Gnerly miró al joven de soslayo.

—¿Tratas de decirme que te has apoderado de ella mediante un golpe de fuerza, capitán Jarmac?

—Exactamente, almirante.

—Eso no servirá de nada. Ahora mismo os encerraré prisioneros...

—Y le demandaré a usted apenas aterricemos en Daggaii. Almirante, ¿es que no conoce usted las leyes de su propio planeta?

—Pero, condenación, tú y la chica erais esclavos...

Jarmac sonrió con malicia.

—Ése es su error, almirante. El capitán Urfdor no pudo efectuar el rito y, por tanto, aunque prisioneros suyos, éramos personas libres. En el momento en que nos resultó conveniente, atacamos y la nave pasó a nuestro poder.

—¡Vaya! —resopló Gnerly—. Tienes razón, no puedo arrestaros, porque los tribunales de la Propiedad admitirían vuestra demanda y me costaría un serio disgusto. Pero puedo hacer que os maten y nadie sabrá nada.

Jarmac sacó su pistola.

—Es probable que perdamos el pellejo, sí, pero, en todo caso, será otro el que dé la orden de ejecución —contestó.

* * *

Gnerly respingó en su asiento.

—Baja ese chisme —refunfuñó—. Lo dije en broma.

—Espero que no mienta, porque, si vamos a morir, puede tener por seguro que usted nos precederá.

La mano de Gnerly se levantó.

—Hablo sinceramente —dijo—. Pero dudo mucho de que te atribuyan la propiedad de la nave.

—¿Lo duda? —Jarmac sonrió—. Poco conoce usted las leyes de su planeta. Esa nave es mía y ningún Tribunal de la Propiedad podría dictar sentencia adversa.

—¿En qué te basas para sentar tal afirmación?

—Hay una ley, en Daggaii, claro, que afirma que todo lo que está en suelo daggaiiano, es daggaiiano, ¿no?

—En efecto, así es.

—Por tanto, el suelo de esta nave, como el de la patrullera, son considerados como suelos de Daggaii.

—En efecto.

—Y como ella y yo estábamos en suelo daggaiiano, éramos daggaiianos según la ley.

—Pero prisionero de mis hombres.

—Así era, aunque no llegamos a ser esclavos, en cuyo caso, no habríamos podido ser daggaiianos, porque la ley dice que un esclavo es una propiedad daggaiiana, pero no una persona daggaiiana. El capitán Urfdor no pudo efectuar el rito por ignorancia de las leyes, y en eso consistió su error.

—La ley prescribe que el rito se efectúe en tierra.

—En suelo daggaiiano —puntualizó Jarmac.

Gnerly hizo un gesto de asentimiento.

—Un fallo de la ley. Tendría que decir «suelo físico del planeta».

—Exactamente, pero, como no es así, la ley me apoya por completo.

—¿Qué me dices de los prisioneros?

—Querrá decir de mis esclavos, almirante.

Gnerly volvió a saltar en su asiento.

—Eran guerreros, hombres libres…

—Usted lo ha dicho, eran, pero ya no lo son. No hace ni dos horas entré en su cámara y pronuncié, delante de un testigo, que es lo mínimo que pide la ley, la frase de ritual: «Sois mis esclavos, de acuerdo con la ley y por derecho de captura». Y luego les marqué en el antebrazo la inicial de su actual condición.

—Eran nueve. ¿Cómo diablos no se resistieron?

—Estaban narcotizados —dijo Jarmac, impasible.

—Pero ellos oyeron…

—El narcótico vino después —sonrió el terrestre—. Vuestras leyes son muy liberales al respecto, pero también muy poco concretas en ocasiones. No se exige que el declarado esclavo haya de estar consciente en el momento de imprimirle la marca de su condición.

Hubo un momento de silencio. Luego, de súbito, Gnerly rompió a reír a carcajadas.

—Eres infernalmente astuto —calificó —. En efecto, tienes razón; la ley te asiste y esos prisioneros son tus esclavos.

—Y la carga de la nave.

—También la nave, si lo deseas. El estado vendría obligado a pagar un rescate por ella.

—No. Me quedo la nave para mí. Por derecho de captura, según la ley.

Gnerly se quedó pensativo un instante. Luego dijo:

—Este punto debería ser modificado. De otro modo, todos los daggaiianos sentirían deseos de robar una astronave…

—Que lo modifiquen si quieren, pero la ley que se dicte no podrá tener efectos retroactivos —alegó Jarmac.

—Sí, es cierto. Y, dime, ¿qué diablo piensas hacer con la nave y el dinero que obtengas de la venta de los esclavos y las mercaderías?

Jarmac se inclinó profundamente.

—Comerciar, excelentísimo señor —contestó.

CAPÍTULO VI

De pronto, llamaron a la puerta.

—Adelante.

Burgna entró en la cámara.

—Almirante, hay noticias poco agradables —dijo.

—¿Sí, capitán? ¿Qué sucede?

—De nuevo se han producido ataques a edificios y desperfectos de importancia en algunas instalaciones de producción de energía. Las autoridades tratan de buscar a los autores, pero no han logrado dar con ellos.

—¿Se sabe quiénes son, capitán?

—Dos esclavos que se fugaron hace poco de una central de producción de energía, después de desarmar a los centinelas. Sus hombres son Víctor Rosal y Jim Paddox.

Jarmac contuvo un gesto de sorpresa. Eran nombres enteramente terrestres.

—Bien, pero no creo que eso, por desagradable que sea, nos afecte demasiado a nosotros —contestó el almirante—. Nuestra misión es muy distinta y encontrar a esos dos rufianes es cosa de otros. De todas formas, gracias, capitán.

—Sí, señor.

Burgna se dispuso a salir, pero entonces Jarmac alzó una mano.

—Por favor, capitán.

El daggaiiano le miró inquisitivamente.

—¿Qué desea? —preguntó con despego.

—Tenga la bondad de borrar las insignias daggaiianas de los costados de mi nave. En su lugar, haga que los pintores escriban el nombre de «Mercurio». Ya le facilitaré yo los signos gráficos

correspondientes.

Burgna estaba pasmado. Miró al almirante y Gnerly hizo un signo de aquiescencia.

—Sí, capitán, sí. Por mucho que nos duela, esa nave, con todo su contenido, incluso sus tripulantes, es propiedad del capitán Jarmac.

—Si usted lo dice, señor…

—Lo digo yo y le apoyan las leyes de nuestro planeta, Burgna.

—Está bien, señor; daré órdenes para que se cumplan los deseos del capitán Jarmac.

—Gracias, colega —manifestó el terrestre.

Al salir Burgna, Gnerly preguntó:

—¿Por qué ese nombre de «Mercurio», capitán Jarmac?

—Hace muchísimos siglos, hubo en mi planeta un país llamado Grecia, cuyos comerciantes teman como dios a Mercurio, señor.

—Ah, entiendo. De modo que vas a dedicarte al comercio.

Jarmac sonrió.

—La carrera de las armas no es mi debilidad precisamente —contestó—. Lucho por lo que creo es mío, pero, una vez conseguido, vuelvo a ser de nuevo un pacífico comerciante.

—En tal caso, no tengo más que desearte el mejor de los éxitos. A ti y a tu bella compañera.

—Mil gracias, señor —contestaron los dos jóvenes a dúo.

La entrevista terminó.

—Eres un astuto trapacero —dijo ella, una vez fuera de la cámara—. Si quieres que te diga la verdad, no esperaba salir con vida de ahí adentro.

Jarmac sonrió de modo sibilino.

—No hay nadie absolutamente bueno ni absolutamente malo —contestó—. Los daggaiianos son malos, desde luego, pero tienen de bueno el gran respeto que sienten por sus leyes, aunque pateen las de los demás. Y yo me he aprovechado de ello, ¿comprendes?

—Sí, es cierto.

—Pero hay otra cosa que me preocupa un poco —añadió Jarmac, fruncido el entrecejo—. ¿Qué estarán haciendo esos dos terrestres? Me refiero a Paddox y Rosal, claro. Formaban parte de una expedición científica que desapareció misteriosamente hace un par de años y la noticia que hemos escuchado a Burgna explica, en parte, esa desaparición…

* * *

Los dos hombres corrieron hasta agazaparse al pie de una elevada pila de mercancías situada en uno de los muelles del principal astropuerto de la ciudad. Ambos empuñaban rifles paranucleares, con los depósitos de municiones a la espalda y tenían el rostro tiznado de negro.

—¿Ves el objetivo, Jim? —preguntó Rosal.

—Sí, lo tengo en la mira de mi fusil.

—Muy bien, en ese caso…

Unas pisadas rítmicas sonaron de pronto. Los dos fugitivos se agazaparon tras los fardos.

Una patrulla de vigilancia pasó por el otro lado de la pila de mercancías. Los ojos de Rosal se fijaron de pronto, con infinito asombro, en el rótulo que uno de los fardos tenía impreso en su superficie externa:

J. JARMAC y TSALIA HURR

COMERCIANTES

—Jarmac —comentó Rosal, cuando la patrulla se hubo alejado —. Es un apellido terrestre.

—¿Seguro, Vic? —preguntó Paddox, quien también había leído el rótulo.

—Conocí hace años a un médico llamado Jarmac, de la región francesa. Tal vez sea éste pariente suyo.

—Es posible, pero si hay un terrestre que comercia con los daggaiianos, es también un traidor.

—Bien, pero los traidores lo son siempre, Jim.

—¿Qué quieres decir?

—Traiciona a sus compatriotas para ganar dinero y traicionaría a los daggaiianos para llevarnos a nosotros a la Tierra… por dinero.

—Dinero —bufó Paddox—. ¿De dónde diablos lo sacarías, Vic?

Rosal sonrió.

—Este maldito planeta es muy parecido al nuestro. Incluso tiene bancos —contestó.

—¿Estás sugiriéndome un atraco? ¿Con esta pinta, Vic?

—Nos disfrazaremos —decidió Rosal.

—Está bien, pero ahora hemos venido a hacer otra cosa, Vic.

—Sí, tienes razón, Jim. Cuanto antes empecemos, será mejor para todos.

Los dos hombres se irguieron, a doscientos cincuenta metros de distancia, se alzaba el enorme edificio de la central que proporcionaba fuerza al astropuerto.

—¿Listos, Jim?

—Listos, Vic.

Los dos fusiles tronaron al unísono, enviando sendos proyectiles paranucleares hacia el edificio. Dos ensordecedoras explosiones se produjeron menos de un segundo más tarde.

Enormes chorros de humo y polvo volaron por los aires, con un fragor de infierno. Rosal y Paddox continuaron haciendo fuego sin cesar durante un minuto, en cuyo espacio de tiempo lanzaron contra el edificio más de un centenar de proyectiles.

La central, cuarteados sus muros por las incesantes explosiones, se vino abajo con gran estrépito. La luz se apagó totalmente en una vasta zona.

Rosal lanzó una carcajada de burla.

—Todavía tenéis que aprender mucho de un terrestre, cochinos —dijo, a la vez que, convertido en una sombra fantasmal, se alejaba de aquel lugar seguido de su compañero.

* * *

El último esclavo del lote era Urfdor. El ex oficial estaba loco de rabia.

—Me vengaré —bramó.

Jarmac le miró despreciativamente.

—Si no cierras el pico, te mandaré azotar —contestó—. ¿Quién, sino tú, tiene la culpa de lo sucedido?

—La próxima ocasión, cuando ataque, no dejaré a nadie con vida...

—Para ti, ya no habrá próxima ocasión. Jamás volverás a pisar el puente de mando de una astronave. Has causado baja en el ejército de Daggaii y ahora no eres más que un vulgar esclavo.

Jarmac se volvió hacia la muchacha.

—Tsalia, anuncia la venta de este esclavo en seiscientas piezas —indicó.

—Sí, Julián.

Jarmac era un tipo astuto. Para atraer mejor a los compradores, empleaba a Tsalia como anunciadora de su mercancía. Y esto había dado un buen resultado; porque los daggaiianos se disputaban las ofertas que Tsalia hacía con su bien timbrada voz, además de mostrar su espléndida figura.

La joven vestía con gran escasez de ropa, cosa poco común entre los daggaiianos. Un grupo numeroso de gente se había reunido al pie del estrado donde se anunciaban las mercancías que la pareja tenía en venta, tanto humanas como de otro género.

Alguien se abrió paso de pronto entre el corro de gente y protestó enérgicamente del anuncio recién hecho por Tsalia.

—¡Estáis reventando los precios! —gritó—. Jamás se ha vendido un esclavo por menos de mil o mil quinientas piezas.

—¿Quién eres tú? —preguntó Jarmac sin inmutarse.

—Rolghor, un comerciante con treinta años de experiencia...

—Querrás decir con treinta años de estupidez —le atajó Jarmac fríamente, en medio de las risas de la concurrencia—. ¿No has oído hablar nunca de la ley de la oferta y la demanda?

—Pero...

—Además, el esclavo es mío y lo vendo al precio que me da la gana.

—Hay unos precios fijados...

—¿Por qué ley? ¿Por la costumbre? Yo rompo la costumbre, que no es la ley, y en paz. Si me conformo con las seiscientas piezas que pueden darme por este esclavo, ¿para qué pedir mil? Rebaja tú los precios de tus mercancías; yo no te lo reprocharé jamás... pero tú tampoco tienes derecho a protestar, porque la ley está de mi parte. ¿Enterado?

Sonaron risas y gritos de abucheo. Rolghor se retiró abochornado por la rechifla de los espectadores.

Tsalia levantó un brazo.

—¡Vamos, animaos! ¿Quién da seiscientas piezas por este esclavo, joven, hábil, fuerte y con una salud a prueba de bomba?

—¡Yo! —gritó alguien.

—Tuyo es —Jarmac se lo adjudicó en el acto.

El comprador entregó dos delgadas placas, que casi parecían papel metalizado. Eran sendos billetes, con valor de quinientas y cien piezas respectivamente.

—Prepara la factura de venta, Tsalia —indicó Jarmac.

—Ahora mismo, Julián —contestó la muchacha.

Al terminar el día, entre la venta de esclavos y la de las mercancías que llevaba la «Mercurio», la pareja había obtenido un beneficio líquido de unas ciento treinta y siete mil piezas.

—No está mal, ¿eh, Tsalia? —sonrió Jarmac, satisfecho.

—Me remuerde un poco la conciencia, Julián —dijo ella.

—¿Por qué?—se extrañó el terrestre.

—Hemos vendido a unos semejantes como si fuesen mercaderías inanimadas...

Los ojos de Jarmac centellearon de furor.

—Están vivos, Tsalia —contestó—. Y son unos tipos afortunados, porque, sin la menor provocación, mataron dieciséis de mis compatriotas. Por tanto, la esclavitud es el castigo mínimo a que son acreedores. ¿Entiendes?

Tsalia ya no dijo nada. Sí, vistas las cosas según la perspectiva de Jarmac, era una solución bastante razonable.

CAPÍTULO VII

Los dos hombres vestían corrientemente a la moda daggaiiana y nadie reparó en ellos cuando se apearon de su plataforma volante.

El vehículo quedó a diez pasos de la entrada del edificio. Era una gran plancha con dos asientos y una palanca con la que se gobernaba en todos los sentidos. En la parte delantera llevaba una especie de parabrisas para evitar molestias a los viajeros a grandes velocidades.

Paddox y Rosal entraron en el banco. Había unas doce o quince personas, además de los seis empleados.

—Igual, igual que en la Tierra —masculló Paddox.

—Si aquí manejan dinero, ¿qué esperabas? —sonrió Rosal.

Había una mesa, junto a la gran puerta de la caja fuerte, llena de pilas de billetes. Los ojos de Rosal captaron el detalle en el acto.

—Vamos, Jira.

Los dos hombres se acercaron al mostrador. Un daggaiiano se levantó cortésmente para atenderles.

—¿Puedo serviros en algo? —preguntó.

Rosal le entregó el saquete que ya llevaba preparado.

—¿Qué es esto?—exclamó el empleado, lleno de asombro.

Paddox se aflojó ligeramente la blusa y le enseñó la pistola que llevaba debajo.

—Mira esto, «animal» —dijo—-. Haz lo quo te dice mi amigo o te convierto en polvo de un disparo.

—Así es —confirmó Rosal con amable sonrisa—. Si no te han atracado nunca, ahora vas a saber lo que es eso.

El daggaiiano no sabía qué hacer.

—Alguna vez tenía que ser la primera, ¿no? Vamos, date prisa o

lo haremos nosotros, pero después de haberte quitado de en medio.

La orden fue cumplida con nerviosa rapidez. Un minuto más tarde, Rosal tenía en su mano el saco lleno de dinero.

Entonces, el empleado, rotos los nervios, lanzó un agudo chillido:

—¡Me han robado, me han robado! ¡Ladrones!

La respuesta de Rosal fue instantánea. Sacó la pistola y disparó un tiro contra la pared de enfrente.

El disparo y la explosión subsiguiente causaron un estrépito aterrador. En el acto se produjo una gran confusión en el interior del local.

Paddox y Rosal salieron a la carrera, sin dejar de hacer disparos al aire. Montaron en la plataforma y escaparon a toda velocidad, antes de que la gente pudiera recobrarse de la sorpresa sufrida.

* * *

Con gesto complacido, Jarmac se probó ante el espejo la lujosa vestimenta amarilla, con orlas de color rojo y marrón, que constituía la indumentaria habitual de los comerciantes. Sentada en un sillón, Tsalia le contemplaba con la sonrisa en los labios.

—Te pavoneas como un cadete —se burló ella.

—Hay motivos, ¿no? —contestó en tono displicente—. En pocos días, hemos adquirido una fama como pocos comerciantes de Daggaii la habían logrado en treinta años de su vida.

—Fama y beneficios —replicó la muchacha, sonriendo.

—Sí, ciento treinta y siete mil piezas en nuestra primera operación no está mal. Julián, hay veces que todavía no me creo lo que nos está pasando... por lo menos, lo que me pasa a mí.

Jarmac se volvió hacia la joven y, tomándola en brazos, la hizo levantarse.

—Eres una chica maravillosa —dijo—. Tienes una piel tostada deliciosa, pero yo carezco de prejuicios raciales.

—Julián —suspiró ella, a la vez que lo abrazaba apasionadamente.

Al cabo de unos minutos, Tsalia dijo:

—Quién me lo hubiera dicho cuando me capturaron. No sólo no soy esclava, sino que tengo dinero, un lujoso alojamiento...

—Y un tipo chiflado por tus encantos —rió él—. Pero esto no es todavía sino el comienzo, querida.

—¿Cuáles son tus planes, Julián?

Jarmac no tuvo tiempo de contestar. Alguien acababa de llamar a la puerta.

—¡Adelante! —dijo, después de separarse de la muchacha.

Un hombre entró, con un rollo de papeles en la mano.

—¿Cómo estáis? —saludó cortésmente.

Tsalia le miró extrañada.

—¿Quién es, Julián? ¿Lo conoces tú? —preguntó.

—Sí, se llama Warl y, entre otras cosas, es agente de un Tribunal de la Propiedad. ¿No es así, Warl?

—En efecto —corroboró sonriendo el recién llegado—. Agente patentado del Tribunal de la Propiedad número Cinco, a quien compete la operación que acabas de realizar. El importe, incluidos gastos y comisión, asciende a setenta y siete mil piezas, Julián. Y aquí están los documentos que te atribuyen la propiedad de tu compra.

Jarmac tomó el rollo de papeles y los dejó sobre un sillón. Luego se acercó a una mesa, abrió un cajón y sacó un grueso fajo de billetes.

—Hay ochenta mil —anunció—. Me gusta ser generoso con quienes me sirven bien.

Los ojos de Warl, brillaron de alegría.

—Gracias —contestó—. Y ya sabes, cuando me necesites...

—Lo tendré en cuenta, Warl —sonrió Jarmac—. a propósito, ¿cuál es la cotización actual de la pieza daggaiiana con respecto a la unidad de moneda terrestre?

—Ciento doce y un tercio a uno, señor —contestó Warl.

—Magnífico. Eso es todo, Warl. Cuando tenga otra operación en perspectiva, ya te llamaré.

—Estaré a tu disposición en todo momento.

Warl se marchó. Entonces, Tsalia dijo:

—Estoy que exploto de curiosidad. ¿Qué es lo que has comprado, Julián?

Pero el joven parecía tener su mente en otro sitio.

—Conseguimos ciento treinta y siete mil piezas... La compra me ha costado ochenta mil... Siete mil de otros gastos, más o menos,

me quedan, por tanto, cincuenta mil piezas que, a ciento doce y un tercio, según la cotización actual... El total que tenemos, traducido a moneda de mi planeta, es de unas quinientas sesenta mil libras terrestres. Una pequeña fortuna, Tsalia —dijo, sonriendo ampliamente.

—Sí, pero todavía no me has dicho qué es lo que has comprado —exclamó ella, impaciente.

—Lo que he comprado se llama Yarfdos, Tsalia.

La muchacha dio un respingo.

—¿Cómo? ¿Has comprado un pedrusco estéril, perdido en el espacio y que ningún beneficio puede reportamos? Julián, se te ha subido el éxito a la cabeza.

—Nada de eso, cariño. Mi compra tiene un objeto que...

Nuevamente le interrumpió una llamada. Jarmac frunció el ceño.

—Adelante —rezongó.

Dos hombres entraron en la habitación en el acto. Uno de ellos se volvió y cerró la puerta cuidadosamente.

El otro dijo:

—Soy Víctor Rosal. Éste es mi amigo y compañero, Jim Paddox, señor Jarmac.

* * *

—¡Los fugitivos! —exclamó Tsalia.

—-Así es, señorita —confirmó Paddox.

—Conseguimos escaparnos de la central de fuerza donde nos tenían como esclavos —añadió Rosal —. Nos enteramos de que ustedes estaban comerciando y decidimos venir a visitarles. En la Tierra conocí a un médico que se llamaba Jarmac, de la región francesa.

—Era un tío de mi padre —contestó el joven.

—No me engañé —Rosal sonrió—. Bien, Paddox y yo hemos venido a hacerles una proposición.

—¿Comercial? —preguntó Tsalia.

—Según se mire —respondió Paddox, a la vez que lanzaba sobre un diván un grueso fajo de billetes—. Hay cien mil piezas para ustedes en ese paquete —indicó.

Jarmac contempló el dinero con aire indiferente. Tsalia estaba pasmada.

—¿Cien mil piezas? —repitió la muchacha.

—Exactamente —corroboró Rosa.

—Pero ¿qué es lo que quieren comprar?

—Un pasaje en su nave —declaró Rosal.

—Para la Tierra, claro —replicó Jarmac.

—Sí, justamente.

—Ustedes eran esclavos y se escaparon. Durante un tiempo se han dedicado a la guerrilla...

—Estos estúpidos desconocen semejante género de lucha —dijo Rosal en tono despectivo.

—-Y también desconocían lo que era atracar un banco.

—Resultó tan fácil como quitarle los caramelos a un chiquillo de cuatro años —rió Paddox.

—Bien, ¿qué nos dice de la oferta? —preguntó Rosal—. Ese dinero representa, al cambio, bastante más de un millón de libras terrestres.

Jarmac movió lentamente la cabeza.

—Llévenselo —dijo—. Mi nave no admite pasajeros y menos a dos esclavos fugitivos.

Rosal crispó los puños de rabia.

—¡Miserable traidor! —le apostrofó furioso.

Jarmac no se inmutó.

—Váyanse —indicó en tono frío.

—Jarmac —intervino Paddox—, usted es terrestre, como nosotros. ¿No va a ayudar a unos paisanos?

—Se equivocan ambos —contestó el joven—. Soy daggaiiano de adopción y debo respetar escrupulosamente las leyes del planeta. Pueden dar gracias de que no les denuncie en el acto.

Rosal introdujo la mano dentro de su blusa.

Paddox contuvo su gesto.

—No empeores aún más las cosas, compañero —dijo—. Podríamos echarlo todo a rodar y no merece la pena ensuciarse las manos con la asquerosa sangre de un cochino traidor. ¡Vámonos!

Los dos hombres abandonaron la estancia. Tsalia se sentía hervir de indignación.

—Julián, eran compatriotas tuyos —exclamó—. Si hubieran sido

de Kdmir, yo les habría ayudado sin vacilar.

Jarmac se volvió hacia la muchacha.

—Eres una daggaiiana, no lo olvides —contestó—. ¿O es que quieres echar a perder con una tontería la magnífica posición que has conseguido en un brevísimo espacio de tiempo?

—Pero… es que no te entiendo —arguyó Tsalia—. ¿Qué es lo que te propones, Julián?

El joven demoró la respuesta unos segundos. Luego, lentamente, dijo:

—He iniciado la lucha para liberar a nuestros planetas de la esclavitud en que yacen y no puedo permitirme el lujo de dar un mal paso. Antes de avanzar un solo metro, quiero estar seguro de que el suelo que estoy pisando no se va a hundir debajo de mis pies. ¿Lo comprendes ahora, Tsalia?

—Sí, pero esos dos pobres chicos…

—Mis planes no pueden desarrollarse a capricho de ellos entiéndelo bien de una vez —concluyó Jarmac con sequedad.

CAPÍTULO VIII

La noche era escura como boca de lobo. Dos sombras se deslizaron con gran sigilo por las calles hasta situarse frente a un edificio de monumental aspecto.

Rosal y Paddox apoyaron la rodilla en el suelo y apuntaron sus fusiles hacia el edificio. Pero no llegaron a apretar el gatillo.

—Están encañonados —dijo una voz tras ellos—. Desconecten los fusiles de los depósitos de municiones y déjenlos apoyados en el suelo.

Los dos terrestres se quedaron helados de espanto. La voz sonó de nuevo:

—No pueden hacer nada. Antes de que se revuelvan para disparar contra mí, yo lo haré con mucha mayor rapidez... y si dudan de mi palabra, inténtelo.

Los dientes de Rosal crujieron de rabia.

—¡Cochino traidor!

—¡Obedezcan, vamos!

Paddox fue el primero en desconectar el mecanismo de alimentación de su fusil. Rosal le imitó segundos después, tras una breve vacilación.

Jarmac se puso en pie y se acercó a la pareja.

—Vuélvanse —ordenó.

Los fugitivos obedecieron.

—¿Cómo nos ha encontrado? —preguntó Paddox.

—Ha sido sencillo, tontos —sonrió Jarmac—. He estado estudiando la trayectoria de sus últimos golpes y había llegado a la conclusión de que su próximo ataque iba a ser dirigido contra el Palacio del Gobierno. Sólo me quedó pasar unas cuantas noches al

raso, esperándoles a ustedes.

—Para entregarnos a los daggaiianos —dijo Paddox con rabia.

—Sí —admitió Jarmac sin pestañear.

—Pero ¿qué diablos se propone? ¡Van a ejecutamos!

—¿De veras? En Daggaii rara vez se cumple una pena de muerte. Los brazos son más necesarios... siempre hay necesidad de «bestias motrices». Resulta más rentable, ¿comprenden?

—Nos va a revender —masculló Rosal.

—No, los recompraré —puntualizó Jarmac.

—¿Cómo? —respingó Paddox.

—Volverán a enviarnos a la central de fuerza —gruñó Rosal.

—Se ve que no conocen las leyes de Daggaii —rió Jarmac—. Todo esclavo fugitivo, si no es capturado por su propio dueño, en el caso de ustedes el estado, queda de propiedad de la persona que lo capture, siempre que abone por ese esclavo el precio que pagó en su día el anterior propietario, deduciendo del precio un uno por ciento en concepto de «deterioro» por cada año de esclavitud.

Paddox y Rosal se quedaron con la boca abierta.

—¿Es eso cierto?

—¿Habla en serio? —preguntaron casi a dúo.

—Amigos, para moverse en este planeta, es preciso conocer a fondo sus leyes, cuando menos, las de alguna importancia; y cuanto acabo de decirles está rigurosamente estipulado en la reglamentación de compra y venta de esclavos.

—Increíble —murmuró Rosal.

—¿Qué precio pagaron por ustedes? —preguntó Jarmac.

—Mil doscientas monedas —contestó Rosal.

—Y llevábamos ya dos años de esclavitud.

—Eso significan dos mil cuatrocientas monedas... menos el dos por ciento, es decir dos mil trescientas cincuenta y dos, más... ¿A cuánto asciende la suma robada al banco?

—Unas trescientas cincuenta mil piezas.

—Tengo derecho al cinco por ciento de recompensa. Cobraré, por tanto, diecisiete mil quinientas, piezas. Me sobra para pagar su «recompra».

—¡Qué granuja! —se escandalizó Paddox.

—Nosotros, esclavos de un compatriota...—masculló Rosal.

—Ex compatriotas, por favor —corrigió Jarmac, imperturbable

—. Yo no he hecho las leyes de Daggaii, pero me aprovecho de ellas.

—Por el robo del banco, recibiremos una pena severa —alegó Rosal.

—¿Estaban condenados a esclavitud perpetua?

—Veinticinco años.

—Ahora, la esclavitud será de por vida —replicó Jarmac. Y añadió—: Eso dice la ley.

Paddox bajó la cabeza.

—Ya no volveremos a ver más nuestro planeta —murmuró, deprimido.

—Al menos, conservan la vida —declaró Jarmac fríamente—. Recojan sus armas, por favor.

—¿Nos las devuelve? —se asombró Rosal.

Jarmac se echó a reír.

—No voy a cargar yo con ellas —contestó.

—Pero ¿adónde diablos nos lleva? —preguntó Paddox, que no sabía a qué carta quedarse.

—Al lugar donde voy a tener el honor de capturarles—contestó Jarmac de modo sorprendente.

* * *

Tsalia estaba presente cuando llegó un oficial de la Policía daggaiiana con su patrulla al recibir el aviso de Jarmac.

—Aquí los tiene, teniente —dijo el joven—. Los dos esclavos fugitivos que tantos disturbios han causado en los últimos tiempos.

El oficial miró a los dos prisioneros, que estaban junto a unos bultos de mercaderías, con los brazos en alto.

—¿Cómo los atrapó? —quiso saber.

—Estamos preparando el viaje a la Tierra, viaje comercial, por supuesto —explicó Jarmac —. Mi asociada Tsalia Hurr y yo decidimos hacer una cuidadosa revisión de las mercaderías antes de zarpar y por eso madrugamos más de lo corriente. Entonces nos encontramos a estos dos tipos durmiendo tranquilamente en nuestro almacén.

—No lo comprendo —dijo el oficial—. Son terrestres, usted también lo es…

—Era, teniente —corrigió Jarmac en tono grave—. Ahora soy un daggaiiano, respetuoso, como el que más, de las leyes de mi nuevo país. Por eso llamé a la Policía apenas apresé a estos dos pájaros de cuenta.

—Le felicito —contestó el policía—. Han cometido una serie de delitos y ello les costará la esclavitud de por vida, sin remisión posible de su condena.

—Ciertamente, pero, como disponen las leyes, yo tengo derecho de preferencia para la «recompra» de estos dos esclavos. Y pienso ejercitar ese derecho...

Un hombre apareció en aquel momento en la puerta del almacén.

—¡Ah, hola, Warl! —saludó Jarmac alegremente—. Llegas a punto para actuar como agente en mi nombre. Teniente —se dirigió al policía—, tengo el gusto de presentarle a Warl, agente del Tribunal de la Propiedad número cinco.

—Conozco a Warl —replicó el oficial—. ¿Cómo estás?

—Me alegro de verte, Hyust —contestó Warl—. ¿Qué sucede, Julián?

—Ocurre que he tenido la suerte de capturar a estos dos fugitivos y quiero que te ocupes de todas las gestiones para «recomprarlos» a mi nombre. He recobrado también el dinero robado en su casi totalidad e igualmente te ocuparás de devolverlo y de percibir la recompensa legal, con cuyo importe pagarás el precio de estos dos esclavos y de otros gastos que será preciso hacer antes de mi partida.

—De acuerdo —accedió Warl.

—Hablaremos con más detalle en mi alojamiento —dijo Jarmac.

—Iré a verte apenas haya terminado mis primeras gestiones —prometió el daggaiiano.

Jarmac sonrió.

—Ha sido un placer, teniente Hyust —se despidió del policía.

Más tarde, Tsalia le dijo, sonriente y complacida:

—Eres un condenado trapacero. ¿Cómo te las arreglas para salir con bien de todos estos asuntos?

Jarmac le guiñó un ojo, a la vez que le pasaba un brazo por los hombros:

—Querida, en esta lucha que tenemos empeñada, la fuerza física

sirve de bien poco. O se emplea la astucia o se perece, no hay término medio.

—Hasta ahora, vas ganando —dijo Tsalia.

—Gracias a tu ayuda y a tu profundo conocimiento de las leyes de Daggaii. Por cierto, ¿dónde aprendiste tanto?

—Residí aquí un par de años en calidad de agente de una empresa comercial de Kdmir. Fue un error del gobierno de nuestro planeta, porque eso permitió a los daggaiianos conocer nuestros adelantos científicos y culturales.

—Y ello les decidió a la conquista de Kdmir.

—Así es —admitió Tsalia con un suspiro.

Jarmac la estrechó contra su pecho

—Algún día tu planeta y el mío serán nuevamente libres —prometió.

* * *

—Todo está solucionado —dijo Warl—. El banco ha pagado la recompensa, exactamente diecisiete mil quinientos treinta y ocho piezas. Yo he pagado por la «recompra» de los esclavos dos mil trescientos cincuenta y dos piezas, a lo que es preciso añadir unos cien de gastos. En total sobre quince mil.

—De las cuales puedes descontar mil quinientas por tu comisión del diez por ciento —dijo Jarmac—. Por tanto, quedan trece mil quinientas, que guardarás y administrarás tú hasta nuestro regreso.

—Desde luego, pero ¿qué trabajo harán tus esclavos?

Jarmac le entregó unos papeles.

—Aquí tienes una relación detallada de lo que es preciso hacer, pero me temo que necesitaremos más gente.

—Se pueden alquilar esclavos. Es barato, dos piezas por día y la manutención a cuenta del arrendatario —sugirió Warl.

—Estupendo. Contrata a diez. Eso, en un par de meses, me costará alrededor de mil doscientas piezas.

—Con la manutención, te resultará unas mil quinientas —apuntó el daggaiiano.

—En resumen, quedarán doce mil. Creo que habrá suficiente para los materiales. Ah, necesito que uno de los esclavos alquilados sea un buen ingeniero.

Warl lanzó una rápida mirada a los papeles.

—Por lo visto, quieres construir un habitáculo en Yarfdos —exclamó, sorprendido.

—Así es —confirmó Jarmac.

—¿Qué vas a poner allí? ¿Tu almacén de mercaderías? Resultaría antieconómico.

—Oh, no, el almacén estará aquí, en la superficie de Daggaii. Pero he podido darme cuenta de que los lugares de diversión en este planeta son más bien escasos, por no decir que apenas existen.

—Eso es cierto —admitió Warl—. ¿Vas a instalar allí un local de diversión como tú lo llamas?

—En realidad, el nombre más adecuado, en lenguaje terrestre, es «sala de fiestas» —puntualizó Jarmac, siempre sin dejar de sonreír—. Y, naturalmente, estará montado al estilo de mi ex planeta.

Warl lanzó una sonora carcajada.

—Tendrá éxito, te lo aseguro por adelantado —vaticinó.

—Por eso lo hago —contestó Jarmac.

* * *

—Tus mercancías no tienen éxito. Nadie las compra —dijo Tsalia—. Ningún terrestre quiere gastarse una sola libra en productos daggaiianos.

Jarmac se echó a reír.

—¿Crees que no lo sabía? —contestó, mientras caminaban apaciblemente por la acera—. Pero nuestro gobierno obliga al de la Tierra a comprar un determinado «stock» de mercancías y las nuestras formarán parte de ese «stock».

—Con cuyo importe comprarás mercancías terrestres.

—Justamente

—Eres un tipo extraño, pero te quiero —dijo ella—. Ingeniero, abogado, comerciante, embaucador…

Él se echó a reír.

—Las cosas de la vida —contestó en tono alegre.

—Pero los terrestres vuelven la cabeza al vemos.

Jarmac se encogió de hombros.

—No podemos evitarlo —contestó.

Siguieron andando. De pronto, Jarmac se detuvo ante una casa

de dos plantas, situada en el centro de un frondoso jardín.

—Aquí es —dijo.

Momentos después, llamaban a la puerta. Una mujer de silueta matronil y facciones agradables apareció a poco.

—¿Qué desean? —preguntó secamente.

—¿Señora Wazlovith? Soy Julián Jarmac. Ésta es Tsalia Hurr mi prometida. Deseamos ver a su esposo...

—Mi esposo no quiere ver a ningún daggaiiano y menos si es un terrestre renegado —contestó la mujer con desprecio en su voz.

Y se dispuso a cerrar la puerta, pero Jarmac metió el pie en el quicio.

—Llame a su marido, señora —insistió.

Una voz de hombre sonó en aquel momento.

—Olga, ¿qué ocurre?

—Se trata de dos traidores que quieren verte —contestó la mujer —. Yo les he dicho que...

—¡Profesor, soy Julián Jarmac!—gritó el joven.

—¡Jarmac! —repitió el científico.

—Yo mismo —sonrió el ex terrestre—. ¿Podemos pasar? Le presento a Tsalia, mi prometida. Tsalia, el profesor Wazlovith y su encantadora aunque enfadada esposa.

Olga se alejó con paso rápido. Wazlovitch quedó frente a la pareja contemplándolos con aire reprobatorio.

—No me gusta ser descortés —dijo fríamente—. ¿Qué es lo que quieren de mí?

Jarmac cerró la puerta.

—Profesor, necesito de usted y de sus estudios sobre corrección de movimientos orbitales —manifestó.

—¿Para ayudar a los daggaiianos?

El joven movió lentamente la cabeza.

—No, profesor; para liberar a la humanidad terrestre de la esclavitud a que está sometida. Y también claro está, a los habitantes de Kdmir, el planeta donde nació mi futura esposa.

* * *

El presidente se paseaba con cierto nerviosismo por su despacho.

—Me parece un plan disparatado, profesor —dijo, después de

unos momentos de pausa—. Y créame, de no haber sido por su reputación, no habría accedido a recibirle.

—Le agradezco su franqueza, señor Presidente —contestó Wazlovitch—, pero yo también debo ser franco con usted. A mi entender, es un plan susceptible de tener éxito. No inmediato, claro, pero, en las circunstancias en que nos hallamos, ¿qué importancia tienen unos meses o incluso unos años?

Ricardo Henriques, Presidente de la Tierra ocupada, detuvo sus paseos.

—¿Cree usted factible el éxito, profesor? —preguntó.

—Por lo menos, debemos intentarlo. Y no se perderían vidas humanas. Usted ya sabe cómo han terminado todos los intentos de rebelión contra los ocupantes.

Henriques suspiró.

—Sí, las guerrillas se han revelado sangrientamente ineficaces contra el ocupante —contestó —. Cada vez que un guerrillero da muerte a un daggaiiano, la ciudad donde se ha producido el suceso, es arrasada totalmente. Y lo peor de todo es que no tenemos armas para contrarrestar las suyas.

—Podemos construir una, señor. Es nuestra única solución y, además, incruenta. Por lo menos, para nosotros.

—Usted tendría que abandonar la Tierra, profesor.

—Sí, señor Presidente.

—Los controles del ocupante registran minuciosamente las astronaves. Le detendrían a usted en el acto.

—No, si yo hubiera fallecido en algún accidente —contestó Wazlovitch sonriendo—. Y mi esposa conmigo, claro.

Henriques arqueó las cejas. Wazlovitch terminó de explicarle su plan.

—Quizá sí —dijo el Presidente más tarde—, quizá sea la única forma de acabar con la ocupación. Si lo consiguieran, todos los terrestres bendecirían eternamente su memoria, profesor.

Wazlovitch soltó una risita.

—Otros la maldecirán, pero eso no me importa. ¿Conforme, señor Presidente?

Henriques tendió la mano al científico.

—Vaya usted y que Dios les ayude a todos en su empresa —contestó.

CAPÍTULO IX

El automóvil ardía en el fondo de un barranco. Uno de los agentes de tráfico volvió a la autopista, con su libreta de notas en la mano.

—No se ha podido hacer nada por ellos —dijo a su jefe—. El incendio se produjo con demasiada rapidez para intentar salvarlos.

—¿Cuál era su velocidad en el momento del accidente?

—Doscientos noventa, cuarenta más de lo permitido por las leyes, según el radar de control, sargento.

—Siempre hay malditos locos...

Otro agente llegó en aquel momento. Del cielo descendía una pequeña nave de patrulla perteneciente a las fuerzas de ocupación daggaiiana.

—Los ocupantes del coche, según la matrícula que se le tomó fotográficamente en el momento de registrarse la infracción, eran el profesor Wazlovitch y su esposa —informó el recién llegado.

La nave daggaiiana se detuvo al borde de la autopista y a dos palmos del suelo. Tres hombres armados salieron de su interior.

—Ha ocurrido un accidente, creo —dijo el jefe.

—Así es, señor —contestó el jefe de la patrulla de tráfico—. Y es verdaderamente lamentable, porque se trataba de uno de nuestros más reputados científicos: el profesor Wazlovitch.

—Ah —dijo el daggaiiano—, pero no ha sido a causa de ningún acto de rebelión.

—En absoluto, señor, un accidente, por desgracia, mortal, pero común y corriente.

—Bueno, siendo así, no hay nada que investigar. Gracias, sargento.

—A usted, señor —contestó el terrestre, llevándose respetuosamente la mano derecha al casco.

El daggaiiano regresó a su nave, la cual se elevó de inmediato. Tres pares de ojos contemplaron la operación con odio mal disimulado.

—¿Cuándo reventaréis, malditos? —preguntó entre dientes el sargento.

* * *

Las últimas cajas fueron apiladas convenientemente en la bodega de carga de la «Mercurio». Una vez terminada la estiba, Julián Jarmac se dirigió al control de pasaportes del astropuerto.

—Hola —saludó alegremente al oficial encargado del control—. ¿Está listo ya el despacho de la astronave «Mercurio»?

—Lo tengo aquí, pero he notado algo extraño —contestó el oficial.

—Dime, amigo Tihros —pidió Jarmac, apoyándose con negligencia en el mostrador de la oficina.

—Según la lista de embarque, van a bordo de esa nave su capitán, que eres tú, tu esposa...

—Nos casamos en la Sección de Asuntos Matrimoniales del Gran Cuartel General hace tres semanas—declaró Jarmac en tono festivo.

—Eso está conforme —admitió el oficial —. Pero ¿qué me dices de Robert Maynard y su esposa Nancy? ¿Por qué tienen que ir a bordo?

—¿No has leído sus pasaportes? Vienen en calidad de sirvientes personales para ambos, es decir para mi esposa y para mí. No creo que haya ley alguna que impida que un daggaiiano tenga sus sirvientes personales. Vamos, creo yo, ¿no es así?

—En efecto, pero ¿por qué diablos sirvientes y no esclavos?

—Ellos vienen por voluntad propia; no son capturados—alegó Jarmac.

—Ya son ganas de... Nunca he conseguido tener en la Tierra un sirviente personal —refunfuñó el oficial.

—¿Has sabido conseguirlo?

—¿Cómo quieres decir?

—¿Cuál es tu sueldo en la Tierra, como perteneciente a las

fuerzas de ocupación?

—Mil treinta y ocho piezas al mes.

—El cambio está ahora, aproximadamente, a ciento diez libras terrestres y un tercio —dijo Jarmac—. Lo que significa más de ciento dieciséis mil libras al mes. ¿Qué piensas hacer con tanto dinero? ¿Apilarlo para que se lo coman las ratas? Págale a un terrestre tres o cuatro mil libras al mes y tendrás cola para solicitar el puesto de criado personal tuyo.

El oficial hizo un gesto de aprobación.

—Me has dado una idea —contestó—. Puede que lo haga, en efecto.

—A mí me van a costar diez mil libras al mes, menos de cien piezas daggaiianas. Soy un hombre de cierto rango y debo vivir en consonancia con él. Es más elegante un sirviente que un esclavo puede tenerlo cualquiera, ¿no?

—Hombre, si te pones en ese plan...

Jarmac soltó una risita.

—Sigue mis consejos y pronto tendrás todos los sirvientes que puedas pagar. Y sin necesidad de pelearte con alguien para reducirlo a esclavitud, ni de que los terrestres te miren de reojo. Tienes un sirviente, te hace el mismo servicio que un esclavo y, además, eres persona de mérito. ¿Puedes pedir algo más?

El semblante del oficial de control se iluminó.

—Hombre, sí, tienes razón —contestó—. Esclavos los tiene cualquiera. Resulta mucho más elegante disponer de un sirviente personal.

Tomó el sello y golpeó los cuatro pasaportes con decisión.

—Buen viaje, amigo —deseó.

—Gracias, capitán. Cuando regreses a Daggaii, no dejes de darte una vueltecita por el « Eldorado». Estará en Yorfdor, ¿sabes?

Jarmac regresó a la nave. Tsalia y los dos sirvientes les esperaban con impaciencia.

—Has tardado mucho, Julián —dijo Tsalia—. Ya empezábamos a ponernos nerviosos.

Jarmac sonrió.

—He tenido que gastar un poco de saliva con el oficial de control —respondió—. No acababa de comprender por qué teníamos sirvientes personales en lugar de esclavos.

—¿Qué le ha dicho usted? —preguntó el profesor Wazlovitch, cuya cara, merced a un proceso de cirugía estética, realizado secretamente, resultaba, irreconocible, lo mismo que la de su esposa.

—Ahora está muy perplejo, tratando de descifrar por qué es más elegante tener criados que esclavos —contestó el joven—. Claro que a los primeros hay que pagarles un sueldo, pero él puede hacerlo y… Bueno, ya lo explicaré luego con más detenimiento. ¿Está listo, profesor?

—Sí, y mi esposa también, capitán Jarmac.

—Muy bien, en ese caso, los dos han de tener en cuenta, en todo momento, que son Robert y Nancy Maynard, sirvientes nuestros y que, en público, deberán tratarnos a Tsalia y a mí con todo respeto. ¿Entendido?

—El señor puede estar seguro de nuestra discreción —contestó Olga Wazlovitch, ahora Nancy Maynard, con maliciosa sonrisa.

* * *

La astronave evolucionó en torno al asteroide y luego se dispuso a tomar tierra. Una señal automática de radio guió el aterrizaje:

—Diríjase a la pista de estacionamiento… Diríjase a la pista de estacionamiento, debidamente señalizada…

Un gran faro brillaba con regular intermitencia en el centro de la gran pista, de superficie plana, en la que había pintados infinidad de círculos de color amarillo vivo. La nave tomó tierra y en seguida dos hombres desembarcaron de la misma, dirigiéndose a una de las esclusas de acceso que permitían el paso a la gigantesca cúpula transparente, situada a poca distancia.

Un colosal rótulo luminoso se veía en el frontis de aquella edificación: ELDORADO. Una vez hubieron pasado los recién llegados a la esclusa y estuvo establecida la presión normal, se abrió la otra compuerta y una mujer de cierta edad y agradable aspecto, vestida de negro, con cofia, cuello y puños blancos, acudió a recibirles.

—Bienvenidos a «Eldorado», señores —saludó con amable sonrisa—. Tengan la bondad de entregarme sus trajes espaciales; yo me ocuparé de ellos mientras disfrutan una grata estancia en el

local.

El almirante Gnerly y el capitán Burgna accedieron sin rechistar. Luego pasaron al interior y contemplaron el singular espectáculo.

Parte de la superficie que estaba bajo la cúpula tabla sido edificada. Otra parte era una vasta explanada, dividida en tres o cuatro partes de distinto nivel, con diferencia de veinte centímetros de altura entre cada una de ellas. Al fondo había un mostrador interminable, tras el cual se divisaba un gigantesco estante repleto de botellas,

Un hombre, lujosamente vestido con sedas rojas, salió al encuentro de los recién llegados.

—Almirante, es un placer —dijo Jarmac, haciendo una profunda inclinación de cabeza—. Capitán Burgna... Por favor, ¿quieren hacerme el honor de tomar una copa conmigo?

—Está usted desconocido, amigo Jarmac —contesto el almirante —. Y Yarfdos también está desconocido. Jamás se había visto aquí nada semejante.

—Corrientito, señor, nada más que corrientito. He visto en otros lugares sitios infinitamente mejor instalados que «Eldorado».

—No en Daggaii, por supuesto.

Jarmac emitió una risita de conejo.

—No hablaba de Daggaii, almirante —contestó—. Pero vengan a la barra, por favor. La casa tiene sumo placer en invitarles a la primera copa. ¿Qué bebida prefieren? ¿Whisky? ¿Jerez, champaña, vodka, cerveza...?

Llegaron al mostrador. Gnerly eligió jerez. Burgna pidió vodka.

—Víctor, una de jerez y una de vodka —pidió Jarmac.

—Al momento, patrón —contestó Rosal, ataviado con gorrillo blanco y chaquetilla del mismo color.

—Está muy bien el local —dijo el almirante—, pero le habrá costado una fortuna.

—Bueno, lo más difícil fue construir las instalaciones. En cuanto a la mercancía, dado que el cambio nos resulta sumamente favorable, me resultó casi gratis.

Gnerly levantó su copa para contemplar la transparencia del vino.

—Julián —dijo, llamándolo por su nombre—, usted es un tipo muy astuto, pero ¿se da cuenta de que está violando las leyes de

Daggaii?

Jarmac se echó a reír.

—Almirante, crea que no hay nadie más respetuoso que yo de las leyes daggaiianas. Por favor, ¿cuál es la que he violado?

—En Daggaii está prohibida la elaboración y venta de bebidas alcohólicas desde tiempo inmemorial. Los contraventores pueden sufrir gravísimas penas, llegando incluso al decomiso de sus bienes y a su venta como esclavos, quedando en beneficio del estado el importe de la venta.

—Almirante, creo que usted no ha leído a fondo el texto de dicha ley —contestó Jarmac—. ¿Cree que yo podría arriesgarme a un tropiezo semejante? Antes de hacer nada, estudié esa ley y dice que la elaboración y venta de bebidas alcohólicas está prohibida en la superficie planetaria de Daggaii. Yo no elaboro las bebidas; las compro ya elaboradas en la Tierra. Y en cuanto a la venta...

—Yarfdos pertenece a Daggaii —terció Burgna en tono hosco.

Jarmac entornó los ojos.

—Pertenece de una forma abstracta, como formando parte del sistema de satélites del planeta, lo mismo que pasa con la Luna en la Tierra o con Fobos y Deimos en Marte. Pero no he encontrado ningún documento que afirme la propiedad exclusiva del estado daggaiiano sobre este asteroide... o no me lo habría vendido a mí por casi ochenta mil piezas.

—De modo que el asteroide es suyo —dijo el almirante.

—De mi plena propiedad, señor; y la única limitación que tengo es la de no alterar su órbita absolutamente para nada. Por lo demás, el asteroide es total y legalmente mío.

Hubo un momento de silencio. Luego, la ligera tensión establecida fue rota por una carcajada del almirante.

—Es usted un maldito leguleyo del espacio —dijo—. No, no se le puede pillar en falta. Su establecimiento es completamente legal, Julián.

—Celebro que lo sepa ver así, almirante. ¡Víctor, otras dos copas!

—¡Al momento, patrón!

Jarmac se sirvió una de champaña y luego brindó por sus huéspedes. Después de beber, el almirante preguntó:

—Y, dígame, ¿tiene éxito su local, Julián?

—¿Que si tiene éxito? Estoy pensando en ampliar la explanada de estacionamiento, porque, a partir de las ocho de la noche, hora del planeta, las naves ya no caben en ella. También pienso en comprar otra nave y dedicarla exclusivamente al servicio de lanzadera entre la Tierra y Yarfdos para traer más bebida y, como esto siga así, dentro de poco, tendré que construir otra cúpula que duplique la capacidad actual. Por las noches esto se pone de bote en bote, créanme.

—Habrá peleas, por culpa de los borrachos —dijo Burgna.

—Cuando alguien bebe de más, se le propina una inyección somnífera y así deja de molestar a los otros clientes. Además, estoy montando una instalación de gravedad normal.

—¿Gravedad normal? —preguntó Gnerly, asombrado—. ¿Para qué?

—De momento, tengo en funcionamiento la de una nave de batalla, situada en el exterior, pero apenas si da un sexto de gravedad. Esto no es conveniente para mis planes, almirante.

—¿Qué planes, Julián?

—Las mujeres de Daggaii son muy hermosas, pero no tienen ni idea del arte de la danza. Voy a «importar» bailarinas terrestres.

Gnerly se echó a reír.

—La gente se peleará por asistir a sus espectáculos —dijo—. Una vez estuve en la Tierra viendo uno y me gustó muchísimo.

—Es precisamente lo que pretendo, señor; divertir a mis compatriotas —contestó Jarmac.

CAPÍTULO X

Jarmac acompañó a sus huéspedes hasta la esclusa. Gnerly y Burgna subieron a la nave momento; más tarde, mientras Jarmac regresaba al local.

—Esto no me gusta, señor —dijo Burgna, en el momento de sentarse ante los mandos.

—¿Qué es lo que no le gusta, capitán? —pregunte Gnerly.

—No sé, quizá me equivoque, pero presiento que ese tipo trata de gastarnos una jugarreta. Jarmac es un tipo demasiado astuto.

—Sabe manejar las leyes y no se puede decir que las quebrante.

—Por eso mismo, señor. Insisto en que no es tipo de fiar.

—Puede, capitán, pero ¿qué podría hacer contra nosotros? Está solo...

—Con esclavos terrestres, criados terrestres y casado con una mujer perteneciente a un planeta también ocupado por nosotros. Y, por si fuera poco, piensa importar «diversiones» terrestres.

—Hombre, Burgna, no irá a decirme que Jarmac piensa invadirnos con su tropa de bailarinas —dijo el almirante, riendo con ganas.

—Claro que no, pero apostaría algo a que tiene un plan metido entre ceja y ceja. ¿Me permite investigar, señor?

Gnerly se encogió de hombros.

—Si es su capricho... Pero, repito, yo no veo nada malo en la conducta de Jarmac. Es un tipo muy astuto, de gran inteligencia y que sabe aprovecharse de las leyes, eso es todo. Pero si usted insiste en husmear por ahí, yo no me opondré en absoluto.

Mientras, Jarmac había regresado junto al mostrador, donde Rosal limpiaba las copas.

—Parece que conoce usted muy bien a ese pez gordo, patrón—-dijo el «barman».

Jarmac soltó una risita.

—Tuve el honor de birlarle una nave en sus propias narices, con tripulación y carga incluidas.

—Y ése fue el origen de su fortuna.

—Sí, pero claro está que tuve la suerte de contar con las informaciones de mi esposa. Esto me permitió aprovecharme de las leyes de Daggaii y convertirme así en ciudadano de ese planeta.

—Usted ha sabido jugar bien sus cartas —dijo Rosal, admirado —. A ningún terrestre se le habría ocurrido jamás una cosa semejante.

—Cuestión de suerte —insistió el joven—. A propósito, ¿dónde está Jim?

—Con los otros, abajo, patrón.

—Bien, voy a echar un vistazo a los trabajos.

Jarmac se dirigió al edificio que era, en parte, alojamiento y, en parte almacén de artículos importados. Entró en el almacén y llegó al fondo, lleno de pilas de cajones de botellas.

Una de las pilas era ficticia. Jarmac la hizo girar por mediación de un resorte y los cajones, al moverse a un lado, dejaron ver a la vista una puerta de la que arrancaba un pozo que se perdía en las profundidades del subsuelo.

Había una escalera de peldaños metálicos, adosada a una de las paredes del pozo. Jarmac descendió cosa de diez metros y se situó en una plataforma, que le llevó a sesenta metros más abajo.

Había allí una vasta excavación, brillantemente iluminada, en donde se veían cuatro personas: Tsalia, el profesor y Jim Paddox. Éste se hallaba inclinado sobre una mesa de dibujo, trabajando afanosamente con reglas y compases.

—Julián —dijo Tsalia con alegría.

Jarmac besó a su esposa en la mejilla. Luego dirigió al profesor una mirada inquisitiva.

—La cosa va bien, pero forzosamente lenta —manifestó Wazlovitch.

—No hay prisa —contestó el joven—. Ya llevamos cuatro meses aquí y el tiempo no cuenta. El caso es conseguir el éxito.

—Lo lograremos, aunque no pronto, desde luego.

—Dará resultado, patrón —dijo Paddox desde su mesa de dibujo.

—Lo más difícil será construir el generador de energía —declaró Wazlovitch —. Los generadores a base de fuerza humana pueden ser una idea ingeniosa, pero para el mío, se necesita una potencia incalculable.

—Hay materiales, ¿no? —dijo Jarmac—. No se preocupe; nosotros le traeremos cuanto necesite, profesor. Ah, Tsalia, he tenido una visita.

—¿Quién, Julián?

—El almirante y su compinche, capitán Burgna.

Les he invitado a unas copas por cuenta de la casa.

—¡Hum! Eso no me gusta, querido.

—No tengas cuidado. Se han ido encantados, por lo menos, el almirante.

—Burgna es el que más me preocupa. Tengo la sensación de que nunca te ha perdonado la captura de la patrullera.

Paddox levantó la vista del tablero de dibujo.

—Burgna tiene un esclavo terrestre, patrón —dijo—. Se llama Hans Horms. Podríamos sugerirle que nos informase de las actividades de su jefe.

—¿Conoces tú a Horms, Jim?

—Nos capturaron juntos. Burgna lo compró después.

—Está bien, iré a ver a Horms. Profesor —insistió el joven—, ¿saldrá bien el asunto?

—Estoy seguro de ello, si bien será preciso graduar muy ajustadamente la intensidad del campo de fuerza. Generarlo de golpe provocaría una catástrofe sin precedentes... y hemos de tener en cuenta a los millones de esclavos que los daggaiianos tienen sobre la superficie de su planeta.

—¿Cuánto tardará en alcanzar el máximo de intensidad, profesor?

—Estimo que lo más conveniente sea emplear un tiempo de, aproximadamente, doce horas. De este modo, no habrá frenazos bruscos y habremos conseguido el objetivo plenamente.

—Muy bien, profesor; repito que el tiempo no cuenta para nada; lo que interesan son los resultados.

* * *

El esclavo se ocupaba de cuidar el jardín de la residencia. Estaba podando unos arbustos cuando, de pronto, oyó su nombre:

—¡Hans! ¡Hans Horms!

El esclavo miró a su alrededor. La misma voz dijo:

—Siga, no se pare. Continúe trabajando como si no hubiese sucedido nada. Vengo de parte de su amigo Jim Paddox.

—Ah, el buen Jim. ¿Está bien?

—No se puede quejar —contestó Jarmac con una suave risita—. En sus ratos libres, atiende al mostrador. Preparar cócteles es algo que se le da muy bien, Hans.

—Quién lo dijera, Jim, metido a «barman». Entonces, usted es el dueño del «Eldorado».

—El mismo que viste y calza, Hans. Me envía Jim; dice que usted es hombre de fiar.

—Yo sí, pero ¿y usted? Se ha convertido en un daggaiiano, Jarmac, aunque la verdad es que todo el mundo habla aquí de usted.

—Sí, ya sé que he dado el golpe —sonrió Jarmac—. Pero no desconfíe de mí. Escuche, Hans, debajo de estos matorrales, le dejo un transmisor de radio, sintonizado en una onda especial. Informe de las actividades de su amo, ¿entendido?

—Descuide, Jarmac. Es un tipo muy agrio. El otro día recibió la visita de un coronel de la Policía. Burgna decía que el «Eldorado» era un antro de perdición y que sería preciso arrasarlo.

—¡Qué bandido! —se ofendió Jarmac—. Después de que le convidé a dos vasos de vodka. Los hay desagradecidos, ¿eh, Hans? Y, ¿qué decía el polizonte?

—¿Qué iba a decir? La ley le apoya a usted, creo.

—Sí, pero no me gustaría que Burgna se sacara algún as de la manga. Usted ya me comprende, Hans.

—Desde luego, Jarmac.

—Otra cosa. Si viera el asunto demasiado grave, apriete el botón rojo del transmisor. Será suficiente, sin necesidad de una sola palabra. ¿Entendido?

—Váyase tranquilo, Jarmac... aunque me gustaría saber qué es lo que pretende, si es que puede decírmelo.

—Los daggaiianos son azules. Yo pretendo ponerles morenos —contestó Jarmac sibilinamente.

Mucho tiempo después, Horms continuaba preguntándose qué había querido decir Jarmac con aquella frase tan ambigua. Una cosa, para él, estaba fuera de toda duda.

A pesar de su estado legal como daggaiiano, Jarmac era un terrestre y su deber era ayudarlo con todas sus fuerzas.

* * *

—Los documentos de embarque no dejan lugar a dudas, capitán —dijo el teniente Wuutz—. Todos los artículos importados por Julián Jarmac son perfectamente legales.

—¿Qué me dice de esta partida de varillas de acero? —gruñó Burgna, señalando con el dedo un punto del papel que tenía en la mesa, frente a sí.

—Estructuras metálicas para la construcción, señor.

—Pocas varillas para el objeto a que han sido destinadas, pero demasiadas para...

Burgna se mordió los labios.

—¿Para qué? —masculló.

Wuutz le miraba, como esperando una respuesta aclaratoria. Al cabo de unos momentos, Burgna continuó el examen de las listas de embarque.

Tenían dos copias y cada uno de ellos cotejaba la suya con la del otro. De pronto, Burgna vio una partida que llamó su atención especialmente:

«Perforadora automática movida por energía nuclear», decía la anotación.

—¿Para qué diablos quiere Jarmac una perforadora nuclear? —exclamó.

—Las noticias son de que está preparando una cavidad para el acondicionamiento del motor de gravedad. Incluso lo tiene encargado a la fábrica, señor —manifestó el teniente Wuutz.

Burgna extendió una mano.

—Llame a la fábrica —preguntó—. Quiero conocer la potencia de ese generador de campo de gravedad.

Momentos después, Wuutz tenía la respuesta:

—La potencia es de dos millones de hipermegawatios, señor —transmitió el informe a su jefe.

Burgna se quedó casi sin aliento.

—Dos millones de... ¡Pero es una potencia fabulosa! —exclamó.

Wuutz hizo un gesto con las manos.

—Es lo que me han dicho de la fábrica, señor —contestó.

Los dedos de Burgna tabalearon unos momentos sobre la mesa. Luego tomó unos papeles y estudió en silencio las características del asteroide.

—Está bien —dijo al cabo—. Lo mejor será investigar personalmente esas malditas instalaciones.

Horms ya no escuchó más. Con lo que había oído, tenía más que suficiente. Buscó la seguridad de su cuarto y empezó a transmitir con el aparato que le había dejado Jarmac.

CAPÍTULO XI

Jarmac recibió la noticia y se dispuso a actuar.

—Prepárate, Tsalia. Burgna sube a investigar —anunció.

El bello rostro de la joven se oscureció.

—Ese tipo nunca fue de fiar —dijo.

—Lo sé, pero va a tener un recibimiento adecuado. Tú sigue en tu puesto y no te preocupes de más.

Tsalia se dirigió hacia la caja. Los primeros clientes de la tarde empezaban a llegar.

Olga Wazlovitch se encargaba del guardarropa. Su esposo era el «maitre», mientras Paddox atendía a las mesas, junto con tres esclavos terrestres más que Jarmac había comprado poco tiempo antes. Rosal se encargaba de la barra.

Burgna llegó poco más tarde, seguido del teniente Wuutz. Wazlovitch salió a recibirles, pero Burgna rechazó la oferta de una mesa.

—Quiero hablar con el dueño —pidió con sequedad.

—Les llevaré a su despacho —contestó Wazlovitch en tono obsequioso.

Momentos después, Burgna y su acólito estaban en presencia de Jarmac.

—¿Puedo serle útil en algo, capitán? —preguntó Jarmac, tras los primeros saludos.

Burgna hizo una señal. Wuutz abrió una carpeta que había llevado consigo y sacó unos papeles.

—Usted ha encargado a la fábrica número veintisiete el suministro de un generador de campo de gravedad, con una potencia de dos millones de hipermegawatios —recitó

mecánicamente.

—Lo admito —dijo Jarmac, sin inmutarse—. ¿Y...?

—Ese generador podría mover un asteroide de tamaño triple que el de Yarfdos —dijo Burgna agresivamente—. ¿Para qué lo quiere usted tan potente, capitán Jarmac?

El joven no se inmutó siquiera.

—Capitán, ¿conoce usted siquiera las características de Yarfdos? —preguntó.

—Me las sé de memoria: cinco mil seiscientos kilómetros cúbicos de volumen, en cifras redondas, lo que da un peso de treinta y nueve billones de toneladas, es decir la cifra treinta y nueve, seguida de doce ceros.

—Es usted un estupendo matemático, capitán —dijo Jarmac con sorna.

—En el generador que usted ha encargado sobra potencia para un centenar de billones de toneladas. ¿Para qué diablos necesita usted un artefacto de tanta potencia?

—¿Quiere que se lo diga, capitán?

—Estoy esperando una explicación —respondió Burgna con impertinencia.

—La tendrá, capitán, pero me temo que no conoce usted muy bien los generadores de campo gravitatorio...

—¡Soy diplomado en Ciencias o no ostentaría ahora este grado! —chilló el daggaiiano.

—Pues lo disimula usted muy bien —sonrió Jarmac —. Sí, me sobrará potencia para generar una gravedad normal en Yarfdos, pero no sé si ha estudiado usted bien las características del generador, resulta que es una máquina doble. Eso significa que estará funcionando sólo la mitad constantemente, quedando la otra mitad en reserva, para caso de una avería. No tendría la menor gracia que mis clientes salieran volando repentinamente hasta el techo de la cúpula.

—Aun así, con la mitad del generador, tiene potencia de sobra...

—¿Es que la voy a usar toda? Me bastara con algo más de seiscientos mil hipermegawatios para procurarme una gravedad normal aquí, en el asteroide.

—¿Y qué hará con el resto de la energía?

—La aplicaré al lavado de ropas —declaró Jarmac con burla en

su voz.

Burgna se congestionó.

—Está burlándose de mí, capitán —dijo—. Y ahora mismo voy a registrar...

—¿Qué es lo que va a registrar usted? —preguntó Jarmac en tono glacial.

—¡Sus instalaciones, capitán!

Hubo un momento de silencio. Luego, Jarmac, sin inmutarse, tocó una tecla del interfono y llamó:

—Vic, ¿está por ahí el sargento Callady? Hazlo venir, por favor.

—Sí, patrón, al momento.

Burgna y su acompañante se quedaron atónitos. Segundos más tarde, se abría la puerta del despacho.

—¿Llamabas, capitán Jarmac? —preguntó el sargento Callady.

—Sí, sargento. Requiero oficialmente tus servicios para que expulses del asteroide a estos dos hombres, que, sin autorización legal alguna, pretenden registrar mis propiedades.

Callady se acercó a la pareja de sorprendidos astronautas.

—Vamos, lárguense —ordenó.

—Soy un capitán de...

—¡Y yo un sargento de Policía, encargado del mantenimiento de la ley aquí! —tronó Callady —. El capitán Jarmac es un ciudadano daggaiiano, perfecto cumplidor de las leyes, y tiene todo derecho a exigir que se respeten sus personas y sus propiedades.

Burgna abrió la boca, lleno de pasmo.

—Nunca oí hablar de Policía en Yarfdos —dijo.

—Lo pedí yo al departamento correspondiente —explicó Jarmac —. Están aquí para mantener el orden durante las horas en que mi local está abierto. Es perfectamente legal, capitán Burgna.

—Salgan —insistió Callady.

Burgna apretó los puños.

—Volveremos a vernos —prometió en tono hosco.

Y salió, seguido de Wuutz.

Él también conocía las leyes y sabía que su rango de comandante de astronave cedía en tierra ante la autoridad de un simple sargento de Policía.

—Pero insisto en que Jarmac está tramando algo... ¡y pienso averiguarlo por encima de todo! —dijo, en el momento de despegar

del asteroide para el vuelo de regreso a Daggaii.

Por su parte, Jarmac estaba sumamente preocupado.

Tsalia lo vio en su rostro, cuando se acercó a la caja, minutos más tarde.

—Ten cuidado con Burgna —aconsejó la joven—. Como decís los terrestres, es un mal bicho.

—Sí, lo sé, y ello me hará dormir con un ojo abierto y otro cerrado —contestó el joven—. Pero mientras no tengamos instalado el generador no podremos intentar nada, querida.

* * *

Los alimentos que se consumían en Yarfdos procedían de Daggaii. Jim Paddox terminó de hacer el pedido a la central que suministraba al asteroide y se dispuso a regresar al astropuerto, a fin de recoger y comprobar la carga.

En el camino fue sorprendido por dos hombres que viajaban a bordo de una plataforma aeromóvil.

Uno de ellos era Burgna.

—Sube —le ordenó secamente.

Paddox miró al daggaiiano.

—¿Para qué? —preguntó.

Burgna le enseñó una pistola paranuclear.

—Sube —insistió.

—Podría negarme...

—Y un esclavo habría muerto por ofender a un hombre libre.

Hubo un momento de silencio, Luego, Paddox terminó por obedecer, sereno exteriormente, pero muy preocupado en su interior por la actitud de Burgna.

—Adelante, Wuutz.

La plataforma se puso en movimiento de nuevo. Paddox sintió en su costado la presión del cañón de la pistola que Burgna empuñaba con mano firme.

Minutos más tarde, la plataforma se posaba en el suele, frente a la entrada de la casa de Burgna. Los tres hombres se apearon y Paddox se vio obligado a seguir las indicaciones de sus captores, con los brazos en alto.

Paddox fue conducido al sótano de la casa. Antes de que pudiera

hacer nada para evitarlo, se vio encadenado a unas argollas sujetas a la pared.

Sus muñecas y sus tobillos quedaron así sujetos firmemente, de tal modo que tenía la apariencia de un aspa humana. Burgna sacó un cuchillo y rasgó sus ropas, hasta dejarlo completamente desnudo.

—Y ahora —dijo, con maligna sonrisa—, vamos a ver qué nos cuentas de lo que está pasando en ese maldito asteroide.

Paddox se lamió los labios.

—No sé lo que está diciendo —contestó.

—Conque no lo sabes, ¿eh?

Burgna se acercó a una mesa donde tenía unos objetos semejantes a barras de hierro de un metro de longitud y de punta muy afilada por uno de sus extremos. El otro estaba conectado por medio de un cable a una toma de corriente.

Presionó un botón. A los pocos segundos, la punta del hierro escogido había tomado un aterrador color rojo.

—Espero que la vista de este instrumento te suelte la lengua —dijo torvamente.

Paddox sudaba.

—No hablaré —insistió.

Un segundo después, lanzaba un espantoso alarido.

CAPÍTULO XII

El grito atravesó la puerta y llegó a la planta del edificio. Horms lo escuchó y sintió que se le erizaban los cabellos.

De nuevo se repitió el grito. Rehaciéndose, Horms se acercó a la puerta del sótano y procuró escuchar.

Ahora sólo oía murmullos de voces. Arriesgándose a todo, abrió un poco la puerta.

Un hedor de carne quemada asaltó en el acto su pituitaria. Una voz gimiente llegó a sus oídos:

—No sé... El capitán Jarmac no nos dice nada...

Horms se puso rígido. Aquella voz...

—Sí, trabajan debajo... en una excavación... pero yo sólo sirvo en las mesas...

Era su amigo Jim Paddox, se dijo Horms. Durante un segundo, se sintió tentado de entrar en el sótano y cometer una locura, pero logró contenerse.

Miles de millones de personas podían ser rescatadas de la ocupación. Era duro tener que obrar así, pero no podía ayudar a Jim.

Cerró con todo cuidado y corrió a su habitación.

Sacó el transmisor del escondite donde lo tenía guardado y marcó la señal de llamada.

—Habla Jarmac —oyó la respuesta a los pocos momentos—. ¿Qué pasa, Hans?

—-Burgna tiene prisionero a Paddox. Lo están torturando, él y Wuutz. Tratan de sonsacarle.

—Está bien, Hans. Procura ayudar a Jim, pero no te comprometas tú de ningún modo. Si ves que no puedes hacer nada,

déjalo. ¿Entendido?

—Sí, capitán.

—Eso es todo. Gracias, Hans.

Horms cerró la comunicación y guardó el transmisor.

Burgna y Wuutz aparecieron en la sala momentos más tarde. Horms sacaba brillo a un jarrón de cobre plateado con un paño.

—¿Qué hacemos con Paddox? —preguntó Wuutz.

—Encárgate tú de él. Yo voy al Tribunal Superior de la Propiedad. Quiero pedir un permiso para registrar el asteroide.

—¿Ya te lo concederán? —dudó Wuutz—. Recuerda: es propiedad privada de un ciudadano daggaiiano.

—Si ese ciudadano es inocente, no tendrá nada que temer del registro —Contestó Burgna.

—Pero tendrás que convencer al Tribunal de tus sospechas...

—Eso es cuenta mía —replicó Burgna secamente.

—Muy bien. ¿Qué hacemos con el prisionero?

—Ocúpate de él. Yo no puedo entretenerme más.

—Bien, señor.

Burgna se marchó. Wuutz miró con recelo al esclavo que estaba en el otro lado de la sala. Horms silbaba con aire indiferente.

Wuutz regresó al sótano, sin darse cuenta de que era seguido. Agarró un hierro y contempló un instante al prisionero.

Paddox respiraba estertorosamente, suspendido de las argollas. El hierro salió disparado de pronto hacia delante.

Se oyó un grito ronco. Luego, la cabeza de Paddox se dobló sobre su pecho.

Wuutz lanzó el hierro ensangrentando a un rincón y se volvió. Entonces se encontró cara a cara con Horms, cuyos ojos brillaban con furia infinita.

El daggaiiano retrocedió, lleno de pánico.

—¡No, no...! —suplicó, extendiendo las manos a la vez que retrocedía paso a paso.

Su espalda chocó contra la pared. Un grito desgarrador brotó de sus labios al sentirse traspasado por un hierro análogo al que acababa de utilizar segundos antes.

Horms sacó el hierro y lo clavó de nuevo en el cuerpo del daggaiiano. Wuutz cayó de rodillas, vomitando sangre.

El terrestre estaba enloquecido por la furia. Pegó una patada a

Wuutz y lo tiró de espaldas al suelo. Luego clavó el hierro por última vez.

* * *

Jarmac descendió por el pozo y el ascensor llegó a la gran oquedad, donde el profesor se afanaba frenéticamente en su trabajo.

—Jim ha muerto —anunció.

Tsalia, Rosal y los dos esposos se volvieron para mirarle, llenos de consternación.

—Ha sido Burgna —acusó la muchacha en el acto.

—Sí. Hans me lo ha confirmado. Es decir, Burgna dio la orden de matarlo y Wuutz la ejecutó. Hans no se pudo contener y mató a Wuutz.

—Esto es una tremenda complicación —dijo Wazlovitch.

Rosal crispó los puños de rabia.

—¿Es que no vamos a hacer nada? —gritó exasperado.

—Ustedes sigan con su trabajo. Yo me encargo de Burgna —contestó Jarmac.

Tsalia se estremeció.

—¿Piensas ir a Daggaii? —preguntó.

—Nada de eso —sonrió Jarmac —. Es Burgna quien viene aquí, con una orden del Tribunal Superior de la Propiedad. Yo me encargaré de recibirlo.

—Lo registrará todo —dijo Olga, palideciendo.

Jarmac se encaró con el profesor.

—¿Cuánto falta? —preguntó.

—Las conexiones. Menos de cuatro o cinco horas. Y tendré que poner la máquina en funcionamiento sin probarla siquiera.

—Pero usted está seguro de que dará resultado.

—Soy moderadamente optimista —contestó Wazlovitch.

—Es suficiente. —Jarmac consultó su reloj—. Burgna estará aquí dentro de una hora. Yo me encargaré de su recepción. Víctor tú ayuda durante esa hora al profesor. Luego sube al mostrador, ¿entendido?

—Bien, capitán.

Tsalia se acercó a su esposo.

—Ahora siento miedo —dijo con voz temblorosa.

Jarmac la acarició suavemente.

—Ha pasado mucho tiempo desde que nos conocimos a bordo de la patrullera de Urfdor —dijo—. Entonces comenzó la lucha contra Daggaii y ahora está a punto de culminar.

—¡Ojalá no sea un fracaso! Ya no tendríamos ocasión de rectificar, Julián.

—La última partida ha empezado y los dados están rodando sobre la mesa. Sólo es de esperar que el punto que marquen nos resulte favorable.

Lanzó una mirada a través del amplio ventanal. Daggaii se veía a treinta mil kilómetros de distancia, brillando resplandeciente en el espacio y a Jarmac aquel resplandor se le hizo de súbito intolerable y odioso.

* * *

La patrullera tomó tierra a pocos metros de la esclusa. Vestido con su traje espacial, Burgna fue el primero en saltar, seguido en el acto de cuatro hombres armados.

Sin perder tiempo, avanzaron hacia la compuerta que, como de costumbre, abrió la señora Wazlovitch. Una vez en la esclusa, se despojaron de los trajes espaciales y pasaron al otro lado.

—Busco a Julián Jarmac —dijo Burgna en tono seco.

—Está en su despacho, señor. Iré a avisarle —contestó Olga.

En el mostrador, Rosal limpiaba unos vasos con aire intrascendente. Olga dio media vuelta y, en el mismo momento, apareció Jarmac.

—Ah, parece que tengo visita —dijo con expresión sonriente—. ¿Cómo se encuentra, capitán?

—Quizá no tan bien como usted —replicó Burgna sin abandonar su tono hostil—. Parece que progresa.

—La gente de Daggaii tiene mi local en mucha estima. Por cierto, todavía no les he invitado a una copa...

—No hemos venido a beber —atajó el daggaiiano—. Mi presencia aquí obedece a motivos muy distintos.

Jarmac hizo un gesto de indiferencia.

—En, fin, capitán, usted dirá... aunque creo que hubo un tiempo en que nos tratábamos de tú.

—Dejemos eso a un lado, He traído un documento que estimo le va a resultar interesante —declaró Burgna, a la vez que tendía a Jarmac un papel enrollado y sujeto con una brillante cinta de tejido verde.

—¿Qué es esto? —preguntó Jarmac, alzando las cejas.

—Léalo y lo sabrá —contestó el daggaiiano.

Jarmac se encogió levemente de hombros. Desató la cinta y extendió el papel.

—Vaya —dijo al cabo—, no creí ser un delincuente. Mi local está absolutamente en regla.

—Otros piensan lo contrario —dijo Burgna.

—Usted, por ejemplo.

—Sí.

Hubo un momento de silencio. Jarmac releyó el documento:

—Este es un mandato por el cual *usted* queda autorizado para practicar un registro en mi asteroide y sus instalaciones, mandato expedido por el Tribunal Superior de la Propiedad.

—Así es, en efecto, y supongo que no se negará a cumplimentar lo que se ordena en ese documento.

—En absoluto —Jarmac rió—. Capitán, usted sabe muy bien que no hay más fiel cumplidor de las leyes que su seguro servidor, es decir yo. Pero ¿qué es lo que espera usted encontrar en Yarfdos?

Burgna se quedó parado un momento. Jarmac dijo:

—El mandato habla de un registro en Yarfdos, pero no indica qué es lo que se ha de buscar. ¿Qué espera hallar usted aquí, capitán?

—Pruebas, Jarmac, pruebas.

—¿De qué? ¿De algún contrabando? Todo lo que hay en «Eldorado» ha sido legítimamente importado y abonados los impuestos correspondientes. Poseo una documentación irreprochable al respecto y…

—¡No es contrabando, maldita sea! —vociferó Burgna—. Lo que quiero es encontrar las pruebas de la conspiración que usted ha urdido contra Daggaii. A mí no me ha engañado nunca, ¿lo entiende?

Jarmac miró un instante a Burgna y luego rompió a reír estridentemente.

—¡Conspiración! —repitió —. Usted está loco, capitán.

—No estoy loco. Lo sé de fuente fidedigna. Sé que han montado aquí un generador de campo gravitatorio de potencia muy superior a lo normal y que piensa hacer algo que... algo que...

Burgna se cortó. No sabía qué decir.

—¿Lo está viendo; capitán? —dijo Jarmac—. Ni siquiera sabe qué está buscando. Lo único que pasa es que siempre me ha tenido antipatía y quiere arruinarme, eso es todo.

—¡Usted quiere destruir a Daggaii!—chilló Burgna—. ¡Lo declaró Jim Paddox, su esclavo! Y yo se lo oí decir, con un testigo de excepción presente en el interrogatorio: el teniente Wuutz. Por eso he venido a registrar su maldito asteroide, ¿me comprende de una vez, capitán Jarmac?

CAPÍTULO XIII

Los ojos de Jarmac escrutaron un instante el rostro de su interlocutor.

—De modo que usted ha capturado a Jim Paddox —dijo al cabo.

—Sí —confirmó Burgna.

—Recuerde una cosa, capitán. Le están escuchando testigos imparciales. Usted acaba de declarar que capturó a Jim Paddox.

—Sí y mil veces sí. ¿Cómo he de repetirlo?

—Y usted, ¿cómo se atrevió a capturar a un esclavo de mi propiedad? —rugió Jarmac—. ¿Qué clase de sujeto es usted que se atreve a quebrantar las leyes? ¿Es que no sabe usted que un esclavo es una propiedad absoluta de su dueño y que nadie puede apropiarse de esa propiedad sin permiso o autorización legal de su amo o de un Tribunal competente? ¿Le di yo permiso? ¿Se lo concedió algún tribunal?

Burgna se quedó parado.

—Era un maldito terrestre...

—De mi propiedad, capitán.

—Otro maldito terrestre.

—Ahí se equivoca. Soy tan daggaiiano como usted y su rango no influye en absoluto para la observancia de las leyes. Usted admite haber capturado a un esclavo de mi propiedad y esto le va a costar mucho más caro de lo que usted mismo cree. Si ese esclavo ha sufrido el menor daño, presentaré una demanda contra usted, para que lo supla con su propia persona... como dispone la ley.

Burgna se puso lívido.

—Paddox dijo que aquí se hacen trabajos...

—Usted sabe en qué consisten: quiero dotar de gravedad normal

a mi asteroide. Pero no me gusta que me digan que desobedezco una orden del Tribunal Superior de la Propiedad. Voy a permitirle que mire por todas partes, sin restricción alguna. Después... prepárese a afrontar mi demanda por daños a un esclavo de mi propiedad.

—¿Cómo sabe usted que ha sufrido daños?

—Usted acaba de admitirlo —sonrió Jarmac, para desesperación de su interlocutor.

—Paddox está bien —gruñó Burgna.

—El hecho de capturarlo ya es un daño en sí, capitán, pero no discutiré más este asunto. Tenga la bondad de seguirme.

—De acuerdo. Vamos, síganme, muchachos —ordenó Burgna a sus acompañantes.

Jarmac levantó la mano.

—¡Alto ahí! —dijo.

Burgna le miró coléricamente.

—¿Qué pasa? ¿Se va a desdecir, Jarmac?

Por toda respuesta, Jarmac le enseñó el documento.

—¿Lo ha leído usted? —preguntó.

—Sí, claro que sí...

El joven hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Temo que no sabe lo que se dice, capitán —manifestó—. El mandato le autoriza a usted a practicar un registro en Yarfdos, pero no menciona otros nombres ni indica que usted haya de venir aquí acompañado. Si he admitido a esos soldados ha sido por cortesía, pero no admitiré que intervengan en un acto para el cual no están autorizados por la ley. Ese registro será practicado por usted exclusivamente... ¡o no se efectuará!

Burgna crispó los puños de rabia.

—¡Maldito leguleyo! —rezongó—. Se aprovecha de todo...

—Yo no he hecho las leyes de Daggaii, capitán —replicó Jarmac —. ¿Vamos?

Momentos después, los dos hombres habían desaparecido. Rosal, desde el mostrador, agitó una mano:

—Acérquense, muchachos —llamó a los soldados —. Vengan a tomar una copa por cuenta de la casa.

Los cuatro hombres se situaron en el mostrador. Rosal, sonrió, mientras llenaba cuatro copas.

—Ese capitán tiene un genio de mil diablos, ¿eh? —comentó —. Debe de padecer alguna enfermedad del estómago, seguro. Bueno, ¿qué les parece el vino de mi planeta? Estupendo, ¿verdad?

Los soldados parecían satisfechos.

—Nosotros no podemos venir aquí —dijo uno de ellos.

—Es un lujo demasiado caro para nosotros —agregó otro.

—Por eso les he invitado —sonrió Rosal—. ¿Otra copita?

Llenó las copas de nuevo. Instantes después, uno de los soldados se desplomaba al suelo.

Los otros le contemplaron con asombro, que no duró mucho, sin embargo. Antes de treinta segundos, le habían seguido en su sueño.

Rosal salió rápidamente del mostrador. Olga se acercó con gesto de aprensión.

—¿Muertos? —dijo.

—Oh, no, señora —contestó Rosal riendo—. Sólo narcotizados. Dormirán diez o doce horas... y esto es más que suficiente para que los planes del jefe puedan llegar a buen término. Ahora, vamos esconder a estos caballeros, a fin de que puedan dormir apaciblemente, sin ser molestados por nadie.

* * *

Burgna contempló con asombro el fantástico espectáculo que se ofrecía a sus ojos, a cincuenta metros bajo la superficie del asteroide.

—Lo que me suponía —murmuró—, Esto es algo más que un generador de campo gravitatorio.

—Sí —admitió Jarmac sin pestañear.

Burgna se revolvió furiosamente contra el joven.

—¿Qué es lo que piensa hacer? —gritó—. ¡Conteste de una vez! ¡Se lo exijo!

—¿Usted? ¿Quién es usted para exigirme nada ni exigir a mis compañeros? —contestó Jarmac en tono despectivo—. Usted, miserable asesino...

—De modo que ya lo sabe, ¿eh?

Burgna retrocedió un paso y apoyó la mano sobre la culata de su pistola paranuclear, pero antes de que pudiera sacarla, se oyó la voz de Tsalia:

—Capitán, suelte el arma o disparo —anunció fríamente.

Burgna se puso rígido.

—Ya me suponía yo que todo esto era una trampa—masculló con acento de rabia.

—Usted habla de trampas —dijo Tsalia—. Usted... y todos los suyos que han asesinado a sangre fría a millones de seres inocentes y tienen sumidas en la esclavitud a incontables personas... ¿Cómo se atreve siquiera a...?

—Basta, Tsalia —cortó Jarmac—. Los reproches no nos van a servir ahora de nada.

Avanzó hacia Burgna y le quitó la pistola. En aquel momento sonó un zumbido.

—Es Víctor. Atiéndelo, Tsalia.

La joven se acercó a un interfono y tocó la tecla de contacto.

—¿Víctor? —dijo.

—Sí, señora. Objetivo conseguido —anunció Rosal.

—Gracias. Aquí también. Eso es todo.

Jarmac miró a Burgna y sonrió.

—Si pensaba en la ayuda de sus acompañantes, le diré que ahora están narcotizados y que dormirán, al menos, doce horas. Lo suficiente para que no nos causen la menor molestia.

—El almirante es un tonto. Si me hubiera hecho caso...

—Pero no le hizo caso y los lamentos ya no le sirven para nada, capitán.

Burgna cuadró los hombros.

—Está bien —dijo—. ¿Qué van a hacer conmigo?

—De momento, lo retendremos prisionero. Después... será juzgado por el asesinato de un esclavo propiedad de otro ciudadano.

—Lo que está haciendo causará la revocación de todos los beneficios que usted goza ahora —anunció Burgna.

—Lo que yo estoy haciendo —contestó el joven tranquilamente —, hará que el gobierno de Daggaii baile de coronilla, si yo así se lo ordeno. ¡Y basta ya de charla, que estamos perdiendo el tiempo miserablemente!

Momentos después, Burgna quedaba encerrado en el mismo lugar que sus soldados. Jarmac volvió al subterráneo y se encaró con Wazlovitch.

—¿Cuánto falta, profesor? —inquirió.

—Un poco más de dos horas. No puedo emplear menos tiempo si queremos que la cosa salga bien.

—¿Resultará, profesor?

—Las probabilidades de fallo son de una contra diez mil, Julián.

Jarmac suspiró.

—Entre diez mil bolas, una negra. Ojalá no la saquemos en el momento de emprender la última partida —deseó con vehemencia.

* * *

Dos horas y media más tarde, una serie de gigantescas antenas salió despacio a la superficie del asteroide, apuntando directamente al planeta situado a treinta mil kilómetros de distancia.

Una gran pantalla de televisión permitía ver en el subterráneo lo que ocurría en el exterior. Rosal estaba arriba, vigilando, mientras los demás contemplaban ansiosamente el resultado de la operación.

En el cuadro de instrumentos de la gigantesca maquinaria había varías esferas indicadoras. Una de ellas señalaba los metros por segundo y la aguja marcaba en aquellos momentos la cifra 515.

Pasaron algunos minutos. La aguja señaló de pronto la 514.

—¡Funciona! —gritó Wazlovitch jubilosamente.

La aguja bajó al 513... al 512... 511... 510...

Jarmac se alarmó.

—¿No será un descenso de la velocidad demasiado rápido? —sugirió.

Wazlovitch estudió los otros indicadores.

—Sí, tiene razón —dijo—. La velocidad de rotación desciende muy aprisa. Tenemos que reducirla de modo que pierda cuarenta y dos metros por hora.

Wazlovitch manejó los controles con infinito cuidado. La aguja se estabilizó en la cifra 509 durante algo más de un minuto, al cabo de cuyo tiempo pasó a la cifra 508.

—Así, estupendo —dijo—. Dentro de doce horas, el sol estará en el cénit de la capital de Daggaii... y así seguirá hasta que ellos ofrezcan la rendición.

CAPÍTULO XIX

Aquel día se hizo muy largo para muchos daggaiianos. Tardó bastante en amanecer y el sol ascendió con extraña lentitud hacia el punto culminante de su curva cotidiana.

El almirante Gnerly acudió a su trabajo, como todos los días. En las últimas semanas le habían encomendado una labor particularmente delicada: el plan de la invasión de un planeta, cuyo gobierno había rechazado airadamente la solicitud de rendición, ahorcando sin más a los emisarios para demostrar a Daggaii cuáles eran sus sentimientos acerca de los presuntos invasores.

En cierto modo, eran una tarea de rutina. Sólo era preciso estudiar con atención las características del planeta y disponer luego todo para el ataque en masa. Claro que había muchos problemas que resolver, pero se contaba con una vasta experiencia al respecto.

No obstante, Gnerly debía tenerlo todo preparado para el momento en que se le diera la orden de poner en marcha la operación. Millares de astronaves se lanzarían entonces al asalto del objetivo.

Hacía calor, mucho calor. Gnerly lanzó un vistazo a través de la ventana de su despacho y vio que el sol brillaba ferozmente en un cielo sin una sola nube. Para aliviar sus molestias, presionó un botón y aumentó la potencia del climatizador.

Minutos más tarde, recibió una llamada. Dio el contacto y un rostro conocido apareció en la pantalla de su visófono.

—Hola, Sphorf —saludó amablemente—. ¿Puedo servirte en algo?

Sphorf era el presidente del Tribunal Superior de la Propiedad.

—Quería saber si tenías noticias del capitán Burgna —dijo.

—¿Burgna? No, no sé nada de él. Hace días que no le veo, puesto que estando en tierra, tiene bastante independencia. ¿Te ocurre algo, con él, Sphorf?

—Me pidió ayer un mandato de registro de Yarfdos y todavía no ha regresado a darme cuenta de su gestión. ¿Sabes tú algo al respecto?

—No tengo la menor idea. ¿Para qué quería registrar Burgna ese asteroide?

—Dijo que sospecha que allí se está tramando algo nada agradable. No me gustó, pero fue tal su insistencia, que al fin expedí el mandato.

—Burgna es un buen oficial, pero se excede a veces. Ya volverá, Sphorf.

—Eso espero. ¡Uf, qué calor hace!

—Sí, hoy aprieta bastante. Bueno, Sphorf, encantado de saludarte.

—Lo mismo digo, almirante. Hasta la vista.

Gnerly cortó la comunicación y siguió con su trabajo. Al cabo de un rato, volvió a notar más calor y aumentó de nuevo la potencia del climatizador.

Consultó el reloj.

Era mediodía. El sol de Daggaii estaba en su cénit.

Siguió trabajando. Una hora más tarde, notó algo extraño.

A través de su ventana podía ver parte de los árboles del parque que rodeaba el edificio del Almirantazgo. Dada la posición casi vertical del sol, apenas si se notaban las sombras.

Miró el reloj de nuevo, pero no, no se había parado. Ya había pasado más de una hora desde el mediodía.

Y las sombras continuaban sin variar de posición, sin alargarse, como era lo habitual.

Gnerly frunció el ceño. ¿Qué extraño fenómeno se estaba produciendo en el exterior?

A las dos y media de la tarde, el sol continuaba en la misma posición.

Gnerly se asomó a la ventana. El calor era sofocante.

La gente miraba al cielo extrañada. El almirante se sentía perplejo.

—¿Se ha parado el sol? —murmuró.

La estrella que alumbraba a Daggaii se ocultaba en aquella época a las siete y minutos de la tarde. Llegada la hora del ocaso, el sol continuaba en su cénit, vomitando impasiblemente torrentes de fuego sobre la mitad de la superficie del planeta.

* * *

Aquel día no hubo noche ni ocaso en Daggaii.

La gente sentía un vivo terror por un extraño fenómeno que no acababa de comprender. El sol continuaba en el mismo sitio a la hora de la media noche.

Jarmac sonreía satisfecho en su observatorio especial.

—Ha dado resultado —dijo, mientras pasaba el brazo por la cintura de su esposa.

—Ahora sólo falta esperar la reacción de los daggaiianos —dijo Tsalia.

—No tardarán mucho en hacer algo. Entonces sabrán lo que es morder el polvo de la derrota. —Jarmac se echó a reír—. Es una frase inicua, pero gusta pronunciarla.

Rosal se acercó en aquel momento.

—Capitán, ¿qué hacemos con los prisioneros? —consultó—. Llevan casi veinticuatro horas sin comer ni beber...

—No se morirán —contestó Jarmac con indiferencia—. Les sentará bien padecer un poco.

—Sobre todo, a ese condenado Burgna —refunfuñó Rosal.

Transcurrieron unas cuantas horas.

—Ahora debería amanecer... y el sol sigue en el mismo punto donde se paró ayer a mediodía.

—La frase es incorrecta, querido —corrigió Tsalia—. Fue Daggaii el que se paró, no el sol.

—Los efectos son los mismos, ¿no?

De pronto, Tsalia tendió una mano hacia adelante.

—¡Mira, Julián! ¡Se acerca una astronave!

Jarmac suspiró.

—Espero que sea la delegación del gobierno que viene a ofrecernos la rendición —deseó.

* * *

Gnerly acogió con una leve inclinación de cabeza el saludo de Jarmac.

—Hace tiempo que no nos veíamos, capitán —dijo.

—Usted no ha venido con demasiada frecuencia a tomar una copa de cuando en cuando —sonrió el terrestre.

—Mi trabajo me lo ha impedido —se disculpó Gnerly—. A propósito, tengo entendido que ayer vino aquí un buen amigo mío.

—Ah, sí, el capitán Burgna —replicó Jarmac con indiferencia—. Lo tengo prisionero, con sus cuatro hombres.

Gnerly alzó las cejas.

—¿Prisionero? ¿Puedo saber por qué? —inquirió.

—Porque es mi enemigo. Lo mismo que usted, almirante.

Hubo un momento de silencio. Gnerly tenía los ojos fijos en el rostro de su interlocutor.

—Así pues, Burgna tenía razón al no fiarse de usted —dijo al cabo.

—Lamento no haber podido inspirar en Burgna los sentimientos de amistad y simpatía que le inspiré a usted, almirante, pero ello no impide que me haya formado un plan y que lo lleve adelante hasta sus últimas consecuencias.,

—¿Qué consecuencias? —preguntó Gnerly.

Jarmac sonrió.

—Almirante, dos hombres se entienden mejor si hay de por medio una botella y dos vasos —contestó —. ¡Víctor! —llamó.

Jarmac tocó el brazo de Gnerly y le indicó una mesa.

—Siéntese, almirante, por favor; hablaremos con más comodidad.

Gnerly accedió.

—Le advierto que su traición le va a costar cara, Jarmac —amenazó—. Es usted un daggaiiano que se ha revuelto contra su planeta de adopción.

—Almirante —dijo Jarmac, mientras llenaba los vasos—, creo que hay muchos matices en esa frase de daggaiiano de adopción, pero no lo vamos a discutir ahora. Lo que importa es el asunto que le ha traído aquí.

—Es cierto. Adelante, le escucho, Jarmac.

—Muy bien. Hace ya veinticuatro horas que el sol se ha parado sobre el mismo punto que, casualmente, es la zona más rica y poblada de Daggaii. En realidad es el planeta el que ha dejado de girar, pero los efectos son los mismos.

—Medio Daggaii puede arder—dijo Gnerly hoscamente.

—Por eso hemos detenido su movimiento de rotación, almirante.

—He visto unas antenas gigantescas...

—Sí, son las del aparato ideado por el profesor Wazlovitch, uno de los más grandes científicos de la Tierra y el mayor experto en física gravitatoria. Él ha sido quien ha transformado su generador de campo de gravedad en una máquina que influye sobre el movimiento de rotación del planeta hasta paralizarlo por completo, mediante unas ondas que... bueno, resultaría larguísimo de explicar ahora. El caso es que Daggaii ha cesado de girar sobre su eje.

—Las consecuencias serán catastróficas, capitán.

—¿De veras? —sonrió Jarmac—. Usted no se ha parado nunca a pensar en los millones de víctimas que han causado con sus frenéticos asaltos a planetas pacíficos y que nada les habían hecho, como no fuese despertar su codicia. Usted no se ha detenido a pensar en la ocupación que sufre la Tierra ni el despojo de que está siendo objeto constantemente. No; es un daggaiiano y cree que todo le pertenece por el mero hecho de haber nacido en un planeta donde la piel azul es síntoma de superioridad sobre las demás razas. ¿Me equivoco, almirante?

—Siempre ha sido así...

—Hasta que les llegó la hora de tragar una amarga medicina.

—Podemos enviar cohetes que destruyan el asteroide con cuanto contiene —intimidó Gnerly a Jarmac.

El joven permaneció impasible.

—Háganlo —desafió al almirante—. ¿Creen que conseguirán algo?

—Daggaii volverá a girar sobre su eje, cuando hayan cesado los funestos efectos de su maldita máquina.

—¿De veras? —se burló Jarmac—. ¿Víctor?

—Al momento, patrón.

Tsalia, el profesor y su esposa asistían a la entrevista, ligeramente separados de la mesa, pero escuchando todo cuanto hablaban los dos interlocutores. Rosal llegó y dejó una bola de

metal sobre la mesa.

Jarmac tomó la bola y le imprimió un leve movimiento de rotación con los dedos de la mano derecha.

—Vea, almirante, esta bola representa a su planeta—dijo—. El movimiento de rotación que yo le he conferido con un movimiento de mi mano, representa el que el Supremo Hacedor dio a su planeta en el principio de los siglos. ¿Ve?, ahora, esa bola se ha parado. ¿No es cierto, almirante?

—Sí —admitió Gnerly con labios crispados.

—Ahora, la bola permanece inmóvil porque se le ha acabado el impulso que yo le di hace unos instantes... y permanecerá inmóvil, mientras no repita la operación. ¿Comprende el ejemplo?

—Usted trata de decirme que, mientras lo quieran, Daggaii permanecerá inmóvil, aunque destrocemos su asteroide con todo lo que contiene.

—Exactamente.

—Es decir que si no ponen la máquina de nuevo en funcionamiento, Daggaii no volverá a girar sobre su eje.

—Así es, almirante.

El pulgar de Gnerly señaló a sus espaldas.

—Vea lo que he traído conmigo —dijo—. A una señal mía, ese pelotón de soldados invadirá su local y buscaremos su máquina, para hacerla funcionar de nuevo... después de haberles dado muerte a todos ustedes.

—Se ve que no conoce a los terrestres, almirante —replicó Jarmac—. La entrada al subterráneo está bloqueada por una trampa explosiva, que destruirá la máquina apenas intenten entrar a la fuerza. Y si hacen eso, Daggaii permanecerá inmóvil sobre su eje por los siglos de los siglos.

Gnerly calló.

Se sentía abrumado. Ya no debía dudar de la veracidad de las palabras de su oponente.

—Debe ser una máquina maravillosa —dijo al cabo.

—Lo es, almirante. Incluso pudimos haber parado su planeta en seco, pero no lo hicimos.

—¿Por qué? —quiso saber Gnerly.

—Verá, su planeta tiene el tamaño aproximado de la Tierra. Gira alrededor de su eje en veinticuatro horas, lo que significa que un

determinado punto, situado en la superficie y en el ecuador, se desplaza a la velocidad aproximada de mil ochocientos cincuenta kilómetros por hora, lo que da unos quinientos quince metros por segundo.

—Conozco esas cifras —dijo el almirante—. Siga, Jarmac.

—Muy bien. Nosotros preferimos reducir la velocidad de rotación de Daggaii a razón de un metro por algo más de un minuto, lo que hizo que el frenazo fuese imperceptible. De lo contrario, ahora no quedaría un daggaiiano vivo para contarlo.

—Me extraña que se hayan sentido tan generosos —gruñó Gnerly.

—No ha sido compasión, sino por interés, almirante.

—Explíquese, Jarmac.

—Si todos ustedes hubiesen muerto, ¿quién habría dado orden a los ocupantes de la Tierra y de Kdmir de abandonar los planetas ocupados? ¿Qué represalias habrían tomado contra los terrestres y los kdmirianos, sabiendo que no podían volver a su planeta?

CAPÍTULO XV

Jarmac escrutaba el rostro del daggaiiano. Gnerly aparecía presa de mil encontrados sentimientos.

—Así pues, usted exige...—dijo al cabo muy lentamente.

—La inmediata evacuación de las fuerzas ocupantes de la Tierra y de Kdmir —contestó Jarmac.

—Transmitiré sus deseos a mi gobierno —prometió Gnerly, abrumado por el desastre.

—Su gobierno puede negarse, por supuesto, pero la vida en Daggaii no resultará agradable cuando miles de millones de personas hayan de desplazarse a la helada zona oscura o a la ambigua franja crepuscular. La zona oscura, por el frío, y la zona iluminada, por el calor, resultarán inhabitables dentro de pocas semanas.

—Me lo imagino fácilmente, Jarmac.

—Entonces, hable a su gobierno y expóngale la situación. Ah, y también exijo no sólo el respeto a la vida, sino la inmediata libertad de todos los esclavos, terrestres o no.

—Pide usted demasiado —gruñó el almirante.

—Tengo la sartén por el mango... y jamás esa metáfora ha sido mejor aplicada que en la presente ocasión.

Gnerly paseó la mirada por los alrededores.

—Así que este local ha sido desde el principio una tapadera para sus actividades.

—Lo admito, general, y no le digo que se ponga usted en mi pellejo, porque nuestras idiosincrasias son muy distintas. Pero no cederé un ápice de mis exigencias... que son también las de mis compañeros.

—Entiendo —contestó Gnerly—. ¿Qué hay de Burgna?

—Puede llevárselo, general, pero le advierto que presentaré una acusación contra él por rapto y asesinato de un esclavo perteneciente a otro ciudadano.

—No creo que le admitan la acusación. El hecho ocurrió...

—Cuando yo todavía ostentaba la ciudadanía y estoy seguro de que el Tribunal Supremo de la Propiedad admitirá mi demanda. Es lo bueno que tienen ustedes: el inflexible respeto a las leyes propias.

—Y, en último caso, si ese crimen no fuese castigado, usted mantendría el planeta inmóvil.

—Prefiero creer en la justicia de sus tribunales, almirante.

Gnerly se inclinó, vencido.

—Me llevaré a Burgna arrestado —aceptó.

—Gracias, almirante.

Jarmac hizo una seña con la mano. Rosal se dirigió al encierro y abrió la puerta.

Cinco hombres salieron, decaídos y humillados. Burgna iba en cabeza del pequeño grupo.

De pronto, vio a Gnerly y lanzó un agudo grito:

—¡Almirante! ¡La máquina infernal está debajo de nosotros! ¡Es preciso destruirla!

—Quieto, Burgna, no haga nada. Volvemos a Daggaii —contestó Gnerly.

—¿Cree que voy a permitir la destrucción de nuestro planeta? —rugió Burgna—. Saque su pistola, mientras yo bajo al subterráneo. Destruiré ese maldito artefacto...

Burgna echó a correr hacia la puerta que conducía al subterráneo.

—¡Pare a ese hombre, almirante!—gritó Tsalia.

Pero no había más que un modo de detener a Burgna.

Gnerly sacó su pistola. Una bala paranuclear alcanzó a Burgna en el centro de la espalda y lo hizo volar en mil sangrientos pedazos.

Gnerly contempló la pistola con tristeza.

—Nunca creí que llegara la ocasión de disparar contra uno de mis propios hombres —dijo en tono lleno de desánimo.

—Tal vez haya sido así mejor, almirante —contestó Jarmac.

Gnerly hizo un signo de asentimiento.

—Le comunicaré la respuesta de mi gobierno —dijo, en el momento de la despedida.

* * *

—Eres un condenado trapacero —dijo Tsalia, con la cabeza apoyada en el pecho de su esposo.

—¿Sí? ¿Por qué lo dices? —sonrió Jarmac.

—Tú sabes muy bien que la máquina frena el movimiento de rotación de Daggaii, pero si el profesor la desconecta, el planeta reanudará su movimiento de giro.

—Sí, pero si la destruyeran, Daggaii permanecería eternamente inmóvil.

—Y no hay ninguna trampa explosiva en la entrada del subterráneo.

—¿Cómo podrían saberlo, querida?

—Tampoco saben que la energía se está agotando y que dentro de una semana la máquina se detendrá por sí sola, ¿verdad? Al perder la energía gradualmente, cesará el aflujo de ondas de freno y Daggaii se moverá de nuevo.

—Es cuestión de psicología, Tsalia —contestó Jarmac—. Si yo estuviera en el pellejo de ellos y viese lo que está sucediendo, creería todo lo que me dijesen mis adversarios.

—Eso sí es verdad, pero ya hace tres días que se fue el almirante y todavía no nos han dicho nada.

Jarmac señaló al planeta que, dada su posición en el espacio, parecía hallarse debajo de ellos.

Desde la altura eran visibles algunas gigantescas nubes negras, que se extendían por vastas áreas de la superficie de Daggaii.

—Mira —dijo él—. Incendios. Son cuatro días de sol continuo y están en la época estival. Es cierto que la máquina se parará dentro de una semana por sí sola, pero abajo la vida es ya insoportable en la cara iluminada. Como sería si la máquina se destruyera antes del agotamiento de su energía.

—Pueden decidir una resistencia a ultranza. Entonces tu plan fracasaría.

—Tsalia, son miles de millones. ¿Crees que todos tienen la misma capacidad de aguante? ¿No has oído las noticias? Se están

produciendo inmensos movimientos migratorios; hay un desorden general, saqueos, motines, algaradas, protestas… ¿Cómo se puede organizar una resistencia en semejantes condiciones?

—Supongamos que acepten la rendición. Pueden desdecirse más adelante… y ya no podrías repetir la operación nuevamente.

—¿Lo sabrán ellos? —sonrió Jarmac.

Rosal lanzó de pronto un fuerte grito:

—¡Llega una astronave!

Jarmac exhaló un suspiro de alivio.

—Ahora ha llegado el momento más importante —dijo—. Si no triunfamos, prepárate a morir.

Minutos más tarde, Gnerly, acompañado de un imponente séquito, hacía su entrada en «Eldorado». Gnerly llevaba en las manos un rollo de papel, sujeto con una cinta de color de cobre.

—El acta de rendición —dijo—. Léala, capitán Jarmac, y exponga las objeciones que estime pertinentes. Para su satisfacción, le diré que ya ha sido cursada orden de total evacuación a las fuerzas ocupantes de la Tierra y de Kdmir.

Jarmac tomó el rollo.

—Gracias, almirante, pero debe saber que la rendición definitiva deberá sujetarse a las condiciones que impongan los gobiernos de la Tierra y de Kdmir, los cuales, supongo, plantearán reclamaciones por pérdidas de vidas y daños materiales.

—Afrontaremos nuestras responsabilidades —contestó Gnerly.

—En ese caso, no hay más que hablar, almirante. ¡Víctor!

—Dígame, patrón.

—Llama al profesor y dile que ya puede desconectar la máquina.

—Sí, señor.

Jarmac miró a Gnerly.

—Almirante, dentro de doce horas, Daggaii habrá recobrado su movimiento de rotación acostumbrado —prometió—. Pero he de hacerle una advertencia.

—Se quedarán aquí hasta que la evacuación haya sido completamente —adivinó Gnerly.

—Exacto, almirante.

—Lo encuentro completamente lógico —contestó el daggaiiano, lleno de decaimiento por la derrota.

—En la historia de todo planeta, llega el inevitable momento en

que sus habitantes necesitan expansionarse por el Universo —dijo Jarmac con acento sentencioso—. Pero no es forzoso que tal expansión haya de realizarse por la fuerza de las armas. Los contactos pacíficos harán iniciar relaciones mucho más fructíferas que las conseguidas por la fuerza de las armas y llevarán al entendimiento de todos los habitantes de los distintos planetas que, al fin y al cabo, no son sino miembros de la misma Humanidad.

Gnerly asintió. Del subterráneo llegó un jubiloso anuncio:

—¡Daggaii gira ya a razón de un metro por cada setenta y dos segundos!

Jarmac sonrió.

—Dentro de doce horas, Daggaii volverá a la normalidad —vaticinó.

Luego, abrazado a su esposa, se acercó a uno de los ventanales y contempló el espectáculo del planeta que iniciaba su recuperación.

—¿Cómo te llamarán las generaciones sucesivas? —preguntó Tsalia—. ¿Julián «El Tramposo», tal vez?

Jarmac se echó a reír.

—No olvides que todo lo que hice fue perfectamente legal —contestó.

—Eso es cierto —admitió la muchacha —. Y ahora, yo me pregunto qué haremos cuando la evacuación haya terminado.

—Yo no conozco Kdmir. Me gustaría hacer un viaje a tu planeta —indicó él.

—Precisamente iba a proponértelo. Debo presentarte a mi familia, Julián... y anunciarles que pronto vamos a tener un hijo.

Jarmac la miró maravillado.

—¿Es cierto, cariño? —preguntó.

—Como lo oyes —respondió Tsalia.

Jarmac la atrajo contra su pecho.

—Nacerá con la paz y en la paz del Universo vivirá —profetizó.

FIN

BOLSILIBROS TORAY

OESTE



ARIZONA Publicación quincenal 10 PTAS.



RUTAS DEL OESTE Publicación quincenal 10 PTAS.



SEIS TIROS Publicación quincenal 10 PTAS.



HURACÁN Publicación quincenal 10 PTAS.



SIOUX Publicación quincenal 10 PTAS.



ESPUELA Publicación quincenal 10 PTAS.

GUERRA



HAZAÑAS BELICAS Publicación quincenal 10 PTAS.

ANTICIPACION



CIENCIA FICCIÓN Publicación quincenal 10 PTAS.



ESPACIO Publicación quincenal 10 PTAS.